

962

PUNTO
ROJO

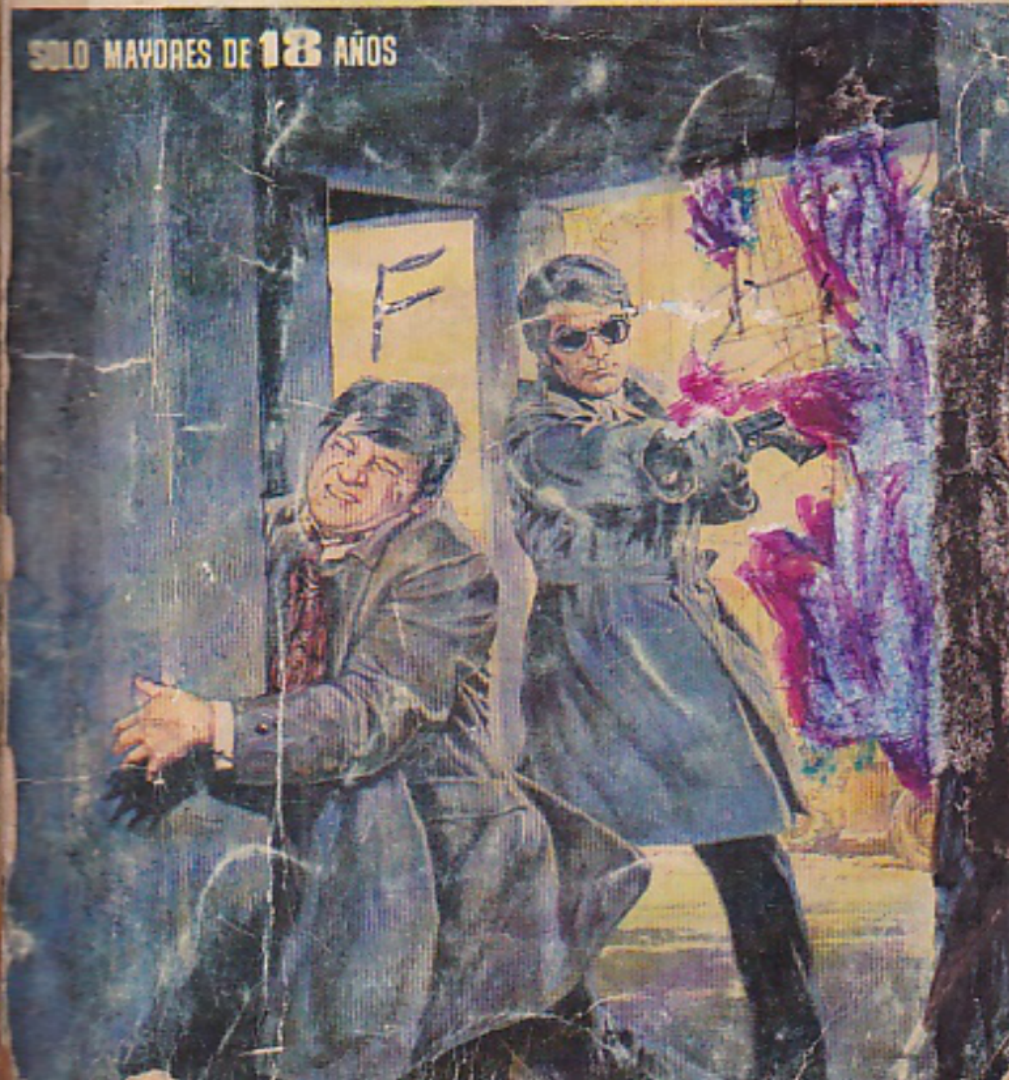
EL CALLEJON DE LA IMPACIENCIA

Frank Caudett

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

Frank Caudett

EL CALLEJON DE LA IMPACIENCIA



FRANK CAUDET
EL CALLEJON DE LA IMPACIENCIA

Colección PUNTO ROJO n.º 963
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 26.037 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1980

© Frank Caudett - 1980

texto

© Norma - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del
Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

PROLOGO

Se estaba hablando demasiado de la boda. Como se habla de los entierros, bautizos, comuniones y demás actos sociales. Esos actos en los que la gente aprovecha la ocasión de decir lo que no siente, de estrechar la mano de aquel a quien odia profundamente al tiempo que le dice que se alegra mucho de verle, o de besar la mejilla a la enemiga envidiada y despreciada mientras se le asegurara que cada día está más joven, que sigue teniendo el mismo gusto de siempre para elegir su indumentaria, que continúa usando un perfume muy «chic» y un sinfín más de estupideces.

El ser humano, en líneas generales, es así: falso y convencional. El mundo está lleno de Judas que aguardan la menor oportunidad para caer en la falsa adulación, en el panegírico fácil y estudiado, en el beso traidor, y que aguardan también el momento de recibir sus treinta monedas de plata.

Pero bueno, divagamos. A lo que íbamos. De la boda se estaba hablando, y mucho, a diario. A nivel nacional para ser más exacto. Todos los periódicos importantes de la vasta geografía estadounidense, en sus columnas de «ecos sociales», le habían dedicado bastante letra impresa al acontecimiento; en especial los rotativos neoyorquinos *Herald Tribune* y *New York Times* ya que, la boda entre Marina Taylor y James Robbins, iba a tener lugar en la ciudad de los rascacielos.

Mas, de aquella boda, lo más trascendental no era la entidad de los contrayentes ni tampoco eran ellos el motivo principal de que los «cazanoticias» se hubiesen ocupado y preocupado de darle con tanto fervor a la máquina de escribir y de preparar, incluso, amplios y complejos editoriales. La noticia en sí radicaba en el hecho de que los padres de los futuros cónyuges eran el senador John Taylor y su colega en tareas senatoriales Mark Robbins. Y de ambos, el que tenía un principal protagonismo era Taylor.

Algunos periodistas habían aprovechado la coyuntura de la boda para incluir extensas biografías del joven senador por Nueva York —41 años— John Taylor, esbozando con detenimiento su trayectoria política y haciendo especial hincapié en las actuales actividades del noticiable. Se explicaba con detalle el hecho de que el padre de Taylor había estado en la primera campaña electoral de John F. Kennedy habiendo escalado peldaños de relevancia política a la sombra del hombre fuerte del clan de Massachussets, quien le había convertido, tras llegar al sillón supremo de la Casa Blanca, en la eminencia gris y mano derecha de su secretario de Estado.

También se decía que Maximilian Taylor había acompañado a Kennedy en su recorrido por Dallas aquella fatídica mañana de un día de noviembre de 1963 en que el presidente norteamericano, a las 12.36 en punto, cayera abatido por los disparos que nunca se sabría con certeza quién llegó a efectuarlos. Con la muerte de John F. Kennedy había finalizado también, prácticamente, la escalada política de Maximilian Taylor que, dos años después, en la mayor ignorancia y en circunstancias un tanto confusas —se rumoreó en su día la posibilidad de que se hubiese envenenado—, había dejado de existir. Su hijo, que ya contaba entonces 24 años y que por haber muerto la madre el día de su nacimiento había contraído matrimonio muy joven, a los 18 años, con una preciosa muchachita de 16 llamada Alice, recogió la herencia política de su progenitor habiendo formado parte de la administración Ford hasta consagrarse definitivamente con el gobierno de Jimmy Carter.

Algo se decía también del que se iba a ser su consuegro, Mark Robbins —senador por New Jersey—, pero a rueda de la popularidad de Taylor. Se hablaba como tema principal sobre la reiterada negativa de ambos senadores acerca de una concesión a determinada industria de Detroit para la fabricación de unos novísimos y espectaculares cazas a reacción, si bien, hasta el momento, se ignoraban las circunstancias que impulsaban a los dos miembros del Senado a oponerse a los proyectos de la Frading-Goldstone Machines Incorporated.

Se hablaba de la boda, sí. Pero lo que menos preocupaba a la prensa y opinión pública era el hecho de que Marina Taylor y James Robbins fuesen a casarse. Claro que, la pareja, como cierto entrenador de fútbol muy famoso, debían pensar que mientras se hablase de ellos poco importaba el porqué y el cómo o si hablaban bien o mal: el caso concreto era ocupar páginas en los periódicos y eso, desde luego, lo habían conseguido plenamente.

Y llegó el día del acontecimiento que tuvo por escenario la barroca iglesia de San Narciso, enclavada en Sheepshead Bay —distrito del Brooklyn— a la altura del 2.601 de Emmons Avenue, junto a una sucursal de modernísima línea arquitectónica —que se daba de bofetadas con la del sagrado recinto— del South National Bank.

Una vez el reverendo Percival Collins hubo bendecido la unión y pronunciado el ritual que tantas veces, mucho antes de lo previsto, se rompía en pedazos, pero que en aquel instante sonaba a oídos de los contrayentes cual música celestial y que rezaba: *«El Señor, que hizo nacer en vosotros el amor, \confirme este sentimiento mutuo que habéis manifestado ante la Iglesia. Lo que Dios ha unido,*

que no lo separe el hombre»; una vez terminados los servicios religiosos del reverendo, John Taylor se acercó a la feliz pareja preguntándole al novel marido:

—¿Puedo ser el segundo que bese a la novia?

—La nueva señora Robbins —dijo el muchacho con orgullo y una franca sonrisa en los labios—, sigue siendo su hija, senador. Puede besarla ahora y siempre que lo desee.

Padre e hija se fundieron en un estrecho abrazo al que se unió Alice Taylor, madre de la novia, también Mark Robbins y, cómo no, el resto de las personalidades invitadas a la ceremonia.

Los fotógrafos comenzaron a hacer de las suyas al tiempo que equipos portátiles de televisión reclamaban su prioridad como medio de comunicación por excelencia.

Fuera, en las amplias y aquel día alfombradas escalinatas que daban acceso al templo, los reporteros gráficos hacían lo posible y lo imposible por ir emparejando a aquellos que, según la tradición y para la posteridad, debían de posar juntos. Un tanto remisos y anárquicos los convidados iban atendiendo las indicaciones de los profesionales de la máquina de retratar situándose ante los objetivos con la persona o personas elegidas.

Como es lógico, primero habían sido los novios. Después los padres de aquéllos, más tarde todos juntos, posteriormente las parejas intercambiadas, y así, se iban desarrollando con normalidad y alegría de serie de actos protocolarios —superfluos para unos y necesarios e inolvidables para otros— que ponían colofón a la primera parte de una boda. La segunda, obvio, se desarrollaría en el suntuoso restaurante de la parte alta de Manhattan que los senadores Taylor y Robbins habían elegido para festejar debida, opípara y glotonamente el enlace de sus hijos.

Todos los fotógrafos así como los cámaras de televisión, con elocuentes señas, indicaron tanto a los contrayentes como al resto de invitados que se juntasen, para tomar las placas del grupo completo. Incluso les indicaron a los principales protagonistas del acto cuál debía ser su posición. Desde varios ángulos del amplio vestíbulo de la iglesia surgieron andanadas de arroz que acabaron por convertirse en un verdadero diluvio, mientras los retratistas seguían desgañitándose y haciendo gestos para conseguir que la gente se agrupase. Al fin lo consiguieron. Y cuando los profesionales hubieron cumplido ampliamente su misión, con fotos y más fotos y con infinidad de tomas televisivas, dijeron, también mediante señas, que ya podían dispersarse.

Hubo uno que incluso exclamó:

—¡Qué gente más pesada, diablos! Se creen que sólo se casan

ellos y que por ser quien...

Las palabras de aquel individuo quedaron ahogadas, rotas, truncadas en flor con auténtica brutalidad porque, en los aledaños del sagrado recinto, concretamente en la puerta del South National Bank, se registró de súbito una conmoción tan inesperada como violenta y confusa. Varios individuos salieron velozmente, tropezando unos con otros, de la entidad bancaria. Vociferaban atropelladas exclamaciones a las que de inmediato se unieron el crepitar de las armas de fuego. En menos de los que cuesta explicarlo se formó el tiroteo en el que los secos estampidos de las armas cortas se confundían con el tableteo de metralletas y el eco atronador de rifles y escopetas recortadas, creándose de inmediato la consiguiente confusión entre los viandantes —muchos de los cuales se habían embobado como era costumbre contemplando los pormenores de la boda— lanzándose unos a tierra, bramando otros, gritando con genuino histerismo las mujeres...

Todos los invitados al enlace Robbins-Taylor, agrupados aún como se habían puesto para las fotos finales, se mantuvieron por unos instantes inmersos en esa agobiante quietud, en esta fatal indecisión que suele ser consecuencia de la sorpresa y el estupor. Alguno de ellos debió ser el primero en reaccionar, gritando a los demás:

—¡Vamos dentro de la iglesia! ¡Rápidos!

Y a esa exclamación se unió la voz del senador John Taylor, ordenando autoritario:

—¡Moveos, moveos, maldita sea! ¡Al templo, de prisa! ¡De prisa! ¡Nos puede alcanzar una bala...!

Iba a decir, seguramente: «perdida». Pero no lo dijo. Por varias razones. Primera porque con los brazos extendidos en cruz trataba, en gesto más instintivo y humano que práctico, de proteger a los demás de aquella posible bala. Segunda, porque como un capitán de barco, intentaba asegurarse de que toda su tripulación estaba a salvo antes de ser él quien abandonase por último la nave. Tercera y definitiva... *porque aquella posible bala perdida acababa de alcanzarle*. En mitad del pecho, con trágica y milimétrica exactitud a la altura del corazón. Y salió despedido hacia atrás como levantado de tierra por el envite de una ráfaga huracanada yendo a estrellarse contra el muro de la iglesia, viniendo luego hacia delante hasta caer de bruces y quedar completa y siniestramente inmóvil.

—¡Papá... Papáaaaa! —gritó Marina Taylor.

Y aunque su flamante esposo trató de impedirselo, la desposada, con su precioso vestido azul celeste, con el sombrerito

de velo que cayó al suelo en su veloz carrera, voló hacia el lugar donde yacía su padre. Tras ella, Alice, aullando como un animal herido, corrió a tirarse sobre el cuerpo de su marido alzándole la cabeza con ambas manos pasadas por debajo de la nuca mientras no cesaba de repetir:

—¡John... John, por Dios santo! ¡Háblame! ¡Dime... dime que no estás muerto!

Pero el senador de los Estados Unidos John Taylor no podía articular ni una sola sílaba. Tan siquiera podía decir: «*Sí. estoy muerto.*»

El resto de los asistentes a la boda, desentendiéndose del tiroteo, que ya iba amainando porque la huida de los supuestos atracadores prácticamente se había consumado, corrieron hacia el lugar donde yacía el senador, en brazos de su esposa e hija, que lloraban amargamente.

Los fotógrafos y cámaras de televisión seguían teniendo trabajo. Porque la boda de la que tanto se había hablado, el enlace entre los hijos de dos miembros del Senado, acababa de concluir en tragedia. Y para ellos, aquellas fotos y tomas tenían una importancia muy superior a las rutinarias de la boda.

No era frecuente ni sucedía a diario que el padre de una muchacha, por más señas hombre de relevancia dentro de la política nacional, cayese víctima de un balazo el día de la boda de su hija.

No, desde luego. No era nada frecuente.

Uno, alguien debió ser, que recuperó antes que el resto de asombrados y estupefactos espectadores el equilibrio y la conciencia de los actos, anunció con serenidad y tristeza:

—Hay que avisar una ambulancia.

Cierto, sí.

Porque ni el abatimiento de unos, la brutal sorpresa de la que aún no se habían recuperado los otros, ni las lágrimas y quejidos lastimeros de mujer e hija, podían servir para trasladar el cadáver del senador John Taylor a la fría mesa de mármol de la Morgue en donde esperaba el postrer momento en que sus restos fueran trasladados a la definitiva y última morada.

Las ironías de la vida, sí. De aquella tragicomedia que con mayor asiduidad de la esperada y de la que deseaban los humanos se repetía; se representaba en el inmenso, glacial y descarnado escenario, de un despiadado teatro llamado mundo.

CAPITULO PRIMERO

Gordon Bennet, tranquilo, acodado en el mostrador de aquel tugurio de Harlem —dentro del cual todo era humo de cigarrillos y de alguna que otra yerba de las que se utilizaban para ir de «viaje», ponerse en trance para reunir el valor necesario que normalmente no se tenía para cometer cualquier desmán o bien para estimular el apetito sexual y acudir en busca de nuevas emociones lúbricas—, consumía el matarratas que un *barman* de color le había escanciado en el vaso, procedente, en teoría, de una botella de whisky.

Al detective más de moda y mejor pagado de la ciudad no le alteraba en lo más mínimo aquel depresivo ambiente. Más bien al contrario. Curioseaba distraídamente a su alrededor, escuchaba complacido los *blues* que interpretaba la orquestina situada encima del mugriento tablado, rechazaba con una sonrisa amigable las proposiciones de alguna mulata de pechos prominentes y generosamente exhibidos acerca de las maravillas que juntos podían hacer y recorrer, movía la cabeza negativamente cuando se le acercaba algún fulano vestido chillonamente para asegurarle que él tenía los «porros» a mejor precio que aquel que vendría a vendérselo después y, primordialmente, esperaba. Esperaba con infinita paciencia la llegada de alguien que se estaba retrasando ya por más de una hora.

Y se acabó el whisky o lo que fuera.

—¿Le sirvo otro, amigo? —preguntó el camarero, acercándose solícito.

Bennet ensayó una de sus fáciles sonrisas. Dijo:

—Quiero seguir viviendo. De todas formas, sé agradece.

El otro se encogió de hombros y se fue a un extremo de la barra para seguir fregoteando vasos.

Minutos después, abriéndose paso entre el enjambre de negros que atiborraban el local, entre las parejas que ensayaban allí los preliminares de la escena que iban a representar después en privado y apartando casi a manotazos las tupidas columnas de humo que enrarecían el ambiente, un tipo que vestía una chaqueta que más bien parecía un tablero de ajedrez, alcanzó las inmediaciones de la barra para situarse junto al detective.

—¡Hola, pesquisa! —exclamó, a guisa de saludo.

—Creí que te habías muerto, negro.

El negro, que lo era por los cuatro puntos cardinales de su grasienta anatomía, sonrió ampliamente para demostrarle a quien lo había estado aguardando que tenía los dientes blanquísimos,

bastante más que muchos blancos de piel.

—Yo no —dijo—. Pero a un amigo tuyo lo tienen en la Morgue.

—Eso es normal, Kulik. Pasa cada día.

—No cuando el «fiambre» se llama John Taylor y es senador del gobierno del Tío Sam.

Gordon Bennet adquirió una palidez que se hizo visible incluso dentro de la espesa penumbra que enmarcaba el lugar.

—Roy..., te has pasado la tarde «soplando», ¿verdad?

—Nunca he estado tan sobrio, pesquiza —anunció. Y golpeando la cámara fotográfica que colgaba de su hombro derecho, agregó —: Aquí tengo el reportaje. Muerto del todo. Con su recién casada hija y su desconsolada esposa... viuda ya la pobrecita, llorando desesperada y amargamente. La vida es pura tragedia, detective.

Benet se mordió el labio inferior.

—Esto complica las cosas. Alguien ha ido demasiado lejos. No sé quién, pero se ha pasado.

—¡Ha sido un accidente, hombre! Estaban atracando una agencia del...

Y a renglón seguido, Roy Kulik le explicó al detective cómo se habían desarrollado los acontecimientos en la escalinata de la iglesia de San Narciso, tras haberse celebrado la boda entre James Robbins y Marina Taylor. Pese a ello, comentó Gordon Bennet:

—Algo me huele a podrido.

—¡Desconfiarías hasta de tu madre, fisgón! —exclamó el negro.

—Desde luego, si viviera. De lo contrario, en lugar de detective privado, me habría alistado en el primer banderín de enganche de un convento de franciscanos. ¿Qué hay de las fotos de ayer? Ahora pueden ser más importantes que nunca.

—¡Un carrito completo, viejo! Treinta y seis placas en las más diversas, variadas y eróticas posturas. Todo un álbum pornográfico. Apto para kioscos de países en vías de desarrollo sexual.

—¿Las has revelado?

Negó el moreno con un movimiento de cabeza.

—Pienso hacerlo esta noche.

—Pues abrevia, Roy. Quiero ese álbum a todo color, mañana por la mañana, a primera hora, encima de mi mesa de despacho. ¿Entendido?

Asintió el fotógrafo.

—Okay. Pero el precio ha subido, ¿sabes? Después de...

—Sé... que el precio sigue siendo el mismo —le cortó, tajante y frío el detective. Ampliando—: porque un trato es un trato, rata de cloaca. Y lo único que puede subir, al cielo o al infierno, es tu negra cabeza si te la separo del tronco de

un monumental puñetazo. ¡Ah!, y además, no vuelvas a trabajar para nadie y menos para Gordon Bennet en tu zorra vida, ¿está claro?

—¡Digo! Como el color de mi piel. Al menos eres persuasivo. Y a mí, tú lo sabes, pesquisa, me encanta trabajar con gente comprensiva.

—Por la mañana a primera hora, ¿de acuerdo, Roy?

Hizo una burlona y versallesca reverencia.

—Lo que su señoría ordene. ¿Invitas a un whisky?

—No. Lo podrías «palmar» y te necesito vivo, por lo menos, hasta mañana por la mañana.

—Cuando yo digo que tú eres un tipo comprensivo, fisgón.

Bennet no escuchó las últimas palabras del fotógrafo porque ya había salido del tugurio.

Fuera, en la calle, caminó con lentitud en busca del lugar donde dejara estacionado su vehículo. Una idea fija, permanente, obsesionaba su pensamiento. ¡John Taylor muerto! Muerto. Y para más inri... ¡accidentalmente el día de la boda de su hija! ¿Accidentalmente? ¿Qué clase de juego era aquél? Ahora, el rompecabezas, había aumentado en piezas. Pero... ¿cómo encajaban?

Demasiadas preguntas sin respuesta. Cuando tuviera en las manos el reportaje fotográfico que le había encomendado a Kulik y se lo mostrase a uno de los protagonistas del mismo, quizá comenzaría a encontrar alguna respuesta.

Había llegado junto a su auto.

Se inclinó levemente hacia adelante para introducir el llavín en la cerradura de la portezuela en el justo que, a su espalda, preguntó una voz:

—¿Es suyo ese cacharro, amigo?

Gordon Bennet llevaba demasiado tiempo en el oficio y su experiencia era muy dilatada como para no comprender de inmediato a qué obedecía aquella absurda pregunta y las verdaderas intenciones de quien acababa de efectuarla.

Quiso tirarse al suelo al tiempo que giraba como una peonza desenfundando el revólver que llevaba en la sobaquera.

Quiso... sí.

Pero no pudo... también.

Porque el otro no le iba a la zaga en experiencia a la hora de efectuar su «trabajo» y comprendió perfectamente cuál iba a ser la reacción del detective.

Por eso apretó varias veces el gatillo de la pavonada automática que empuñaba —la que Bennet no había podido ni podría ver jamás, pero que intuyera con sólo escuchar la pregunta—, cuyo

cañón escupió plúmbeos proyectiles, los cuales, sin excepción, convergieron en el blanco apetecido.

El detective de moda y mejor pagado de Nueva York acusó los sucesivos y violentos impactos que se estrellaban contra su naturaleza con bruscas contracciones primero, con un precipitarse repetidamente contra la carrocería de su auto después y con una fatídica inmovilidad final que lo dejó sangrante y apelotonado junto a los bajos del automóvil.

—¡Vámonos rápido, Keevin! —exclamó la misma voz que antes le había preguntado al detective.

—¿Seguro que está muerto? —inquirió, con leve matiz de duda, el llamado Keevin.

—Telefonea mañana al infierno y pregúntalo, ¡imbécil! ¿Me has visto marrar alguna vez a tan corta distancia?

—No, Charles.

—¿Entonces...? ¡Venga ya, rápido!

Y desaparecieron velozmente de la escena del crimen.

CAPITULO II

Un buen día, Trevos Cooper se cansó de todo aquello. De esperanzas vanas, de promesas que no se cumplían nunca, de historias en vinagre, etcétera.

Más de un director se había pasado días, semanas y casi meses, profetizándole que él tenía un sitio en el cine. Que todo consistía en ser paciente, perseverante y saber esperar. ¡Y un cuerno también! Aquel sitio lo debía tener en el patio de butacas después de haber adquirido la correspondiente entrada. Porque si no...

Cada «X» tiempo un papelito sin importancia, de estrasa, ¡vamos!, que requería su presencia en el «plato» un par de veces a lo sumo, para decir: «el señor ha llegado», o, «el té está servido», ¡y arreando que era gerundio!

Algún estupidillo engreído, endiosado y con aires de Richard Burton, le decía: «Calma, muchacho, calma. —Y agregaba, tras darle una palmada entre animosa y socarrona—: Yo también tuve que aguardar mi oportunidad. Pero no vayas a venirte abajo, ¿eh? Con tu planta... llegarás. ¡Si lo sabré yo! Llegarás, muchacho, llegarás.» Al ritmo que iba llegaría, si, pero a morirse de hambre.

Con su planta y todo desde luego, que dicho de paso no estaba nada mal. Porque Trevor Cooper medía sus buenos ciento noventa centímetros, era musculoso, atlético, de amplio tórax y vigorosa espalda, algo delgado quizá para su estatura, tenía los cabellos rubios de natural enmarañados, ojos azul-grises, tez curtida de pronunciado y firme mentón y sensuales labios con una irónica sonrisa, siempre o casi siempre, a flor de ellos.

Pues con todo eso, con las esperanzas y con el «llegarás», a Trevor Cooper se le acabó la paciencia, se hartó, se le hincharon... las narices y decidió largarse de aquel maldito Hollywood en donde, al menos para él, hasta crecían los enanos. Porque tampoco le seducía la idea de convertirse en el *maquereau* de alguna cuarentona con ganas de folklore y cachondeo de las que se lo habían propuesto; y más de una le había garantizado una *dolce vidorra* con las siguientes y alentadoras perspectivas: coche descapotable modelo deportivo, vestuario al último berrido de la moda, «pasta» larga en el bolsillo, clubs nocturnos y hasta le permitían alguna que otra canita al aire, etc., etc., sólo a cambio de meterse entre sábanas con ella y darle un poco de movimiento al esqueleto. Pero Cooper, que seguía manteniéndose fiel al lema de que el trabajo dignificaba al hombre y más fiel todavía al principio bíblico de «ganarás el pan con el sudor de tu frente», no le iba aquel rollo de estar con los brazos cruzados, achuchar al vejestorio y parar la zurda.

Así que, sin pensárselo dos veces, hizo la maleta —y lo digo en singular porque sólo tenía una— y regresó a su Nueva York natal.

Y como en una urbe de aquellas características tenía que pasar de todo, tenía que haber de todo y entre ese todo gente mala, sin escrúpulos, dispuesta a robar, matar, violar niñas y a las que no eran tan niñas, Trevor se dijo que Nueva York estaba necesitada de un tipo duro como él, decidido, honesto e íntegro, dispuesto a velar por los intereses de la gente honrada —que también la había —, de los ciudadanos dignos a quienes la otra gente, la mala, no les dejaba vivir en paz.

Sin dudar, pues, Trevor Cooper obtuvo su licencia de *private eye*, más común y peyorativamente denominados fisgones y pesquisas y, disponiendo hasta el último centavo de todos los ahorros que había conseguido reunir en sus dos años como futura promesa del séptimo arte (con los papelititos de estraza), tentó un modesto pero confortable despacho-apartamento en el 618 de Castleton Avenue, Staten Island, instalando en él su oficina de detective privado.

Puso un anuncio en el *Herald Tribune* ofreciendo sus servicios a los honrados ciudadanos neoyorkinos en el que se hablaba de su eficiencia, seguridad y de la enorme discreción con que trataba los casos.

Puso otro anuncio solicitando los servicios de una secretaria. Porque un detective sin «secre» era como un coche sin ruedas, un gato sin rabo y cosas por el estilo, quedándose con la tercera que hizo acto de presencia: una impresionante pelirroja llamada Maggie que, menos escribir a máquina con rapidez, sabía hacerlo todo. La chica impresionaba, porque reunía todo lo necesario para impresionar hasta á un muerto, y con eso le bastaba a Trevor.

Se compró, ¡faltaría más!, una pistola automática modelo «Colt 45», se la encasquetó en la funda sobaquera y después pasó a sentarse tras la mesa a la espera del primer cliente.

Hizo bien en afeitarse cada día porque, de lo contrario, la barba le hubiese llegado a los pies. Maggie, una mañana, después de besarle en la boca como era preceptivo y de darle un refregoncito como mandaban los cánones, se lo dijo muy claro:

—Debiste consultar primero las páginas amarillas, querido. Así te hubieses enterado de que en esta ciudad hay más detectives que basureros y fregaplatos.

—Te lo agradezco, linda. Acabas de elevar mi moral a la enésima potencia.

—Si de elevar se trata... —runruneó ella, acercándosele como una gatita juguetona.

Trevor extendió la palma de la diestra en elocuente señal de

stop. Y anunció:

—Cerrado por inventario. ¿Por qué no le escribes una carta a ese tontorrón de novio que tienes haciendo la mili en Hawai?

Maggie lo fulminó con sus preciosos ojazos color almendra.

—Los hay que se derretirían por una sonrisa mía, y por un mimo... ¡se volverían locos!

—Lo comprendo, gata. Pero a mí, me asustas. Yo soy muy impresionable, ¿no te lo había dicho nunca?

La secretaria, en vista del éxito, decidió cambiar de conversación. Preguntó:

—¿Quieres un consejo?

—Quiero.

—Echale un vistazo a las páginas amarillas, jefe.

—¡Y dale! —exclamó el rubio, alborotando sus ya de por sí enredados cabellos—. ¿Qué gano ahora con eso? El mal ya está hecho, nena. Tengo la licencia en el bolsillo y...

—Y puede haber más de un detective —le atajó ella, intentando otra cuquería que Trevor evitó con delicadeza—, cabezón, que eres un cabezón, que tenga todo el trabajo que a ti te falta y más, el cual, por falta de tiempo no pueda atender según qué casos. ¿Me sigues?

—En segunda y acelerando. A ver si te he entendido, reina: tú quieres que yo me ofrezca como «negro» a varios compañeros para que me endiñen los «muertos» que ellos desprecien. ¿Es así?

—Más bien, sí. «Muertos» o vivos, jefe, sería trabajo. Ganarías algunos dólares, podrías tomarte un par de whiskys al día y yo, hasta podría cobrar cada mes. Porque llevo tres trabajando por la cara, ¿lo sabías?

—Lo sabía. Pero para lo que haces... ¡Oye! —exclamó de súbito, palmeándole las nalgas, cosa que Maggie agradeció con un beso y otro restregoncillo sin importancia—, ¿sabes que no es mala idea? Bien pensado... ¡si sabía yo que eras una chica lista cuando te contraté! Anda, tráete las páginas amarillas.

Trevor Cooper seleccionó a los colegas que por la ubicación de sus oficinas o por supuesta tradición eran los más importantes de la city, escribiéndoles a cada uno cartas correctísimas en las que, de una forma velada, ofrecía sus servicios o colaboración de acuerdo con lo que Maggie le había sugerido.

Sólo uno de todos ellos, Gordon Bennet —precisamente el *number one*, según se encargó de aclararle su secretaria—, se dignó dar respuesta a la misiva de Cooper. El colega le agradecía su posible colaboración asegurándole además que, cualquier caso al que no pudiera atender por falta de tiempo material —con gran sentido del compañerismo evitó la palabra «muerto» o asunto sin

importancia—. se lo remitiría muy gustosamente.

Pero fueron transcurriendo los días...

* * *

Dio un portazo y no dijo buenos días.

—Es reconfortable compartir la jornada laboral contigo, Trevor —anunció, socarrona, la pelirroja.

—Tu sentido del humor me estimula, prenda —replicó él, sentándose tras la mesa.

—¿Has leído el *New York Times*?

—*Okay*, John Taylor, senador por nuestra ciudad, muerto al ser alcanzado por una bala perdida cuando salía de la iglesia en que acababa de contraer matrimonio su hija, bala que procedía del tiroteo formado frente a un Banco entre atracadores y guardas jurados. Como verás, estoy al corriente de las noticias importantes que se producen en este estercolero de ciudad.

—No del todo, detective. Y eso, no te honra precisamente.

Trevor enarcó sus rubicundas cejas al tiempo que ensayaba una de sus irónicas y facilonas sonrisas. Dijo:

—¿Han violado a Elizabeth Taylor? Eso debe venir en la página de anuncios por palabras. La que nunca leo casualmente.

Maggie hizo una mueca más burlona todavía que la de su jefe.

—Nones, enterado. Gordon Bennet fue acribillado anoche en una calle de Harlem cuando se disponía a subir a su coche. Y viene en la página de sucesos con un titular que pueden leer hasta los ciegos... casualmente debajo del artículo dedicado a la muerte del senador Taylor.

Ahora, Cooper, ni sonrió irónico ni hizo comentario alguno por espacio de varios segundos. Después, exclamó:

—¡Adiós mi última oportunidad! Si cuando digo que de comprar un circo me crecerían hasta los enanos.

—Más ha perdido él, ¿no te parece?

Iba Trevor a responder, pero el campanilleo del teléfono ahogó sus palabras en la propia garganta. Atrapó el auricular y antes de que formulase interrogación alguna, una voz femenina, cálida, inquirió ansiosamente desde el otro extremo del cable:

—¿Es la oficina del detective Cooper?

—Al habla. ¿De qué se trata?

Se dejó oír de nuevo aquella voz de tibio matiz femenino, con inflexión de nerviosismo, preñada de un atisbo de impaciencia, diciendo:

—Necesito verle cuanto antes, es muy urgente.
Trevor, sin extrañarse por la premura y el enigma de que la desconocida rodeaba su llamada, inquirió:
—¿Dónde?
—¿Puede venir a mi casa?
—*Okay* —asintió Cooper—, Déme el nombre y las señas...
—Wood... Piper Wood. 1.081 de Boulevard Woodberry. ¿Ha tomado nota?
—Eso estoy haciendo.
—¿Cuánto tardará en llegar, Cooper?
—El tiempo de salir de mi oficina, encontrar un taxi y el que éste tarde en conducirme a su domicilio. ¡Hasta ahora, señora Wood! Y colgó, suspirando satisfecho, porque su primer caso como fisgón
—¡disculpen!, como *private eye*— estaba a la vuelta de la esquina... ¡iba a convertirse en realidad! Se lo dijo a Maggie con términos elocuentes:
—Si esto funciona, nena, es posible que cobres un par de mensualidades atrasadas.
—¿Han dejado de crecerle los enanos, Sherlock Holmes?
—En eso confío, muñeca. Y cruza los dedos, ¡demonios! Sólo falta que tú me seas gafe.
—¡Toma! Si tendré yo la culpa de que no te contraten ni para encontrar gatos extraviados.
—Tengo una corazonada, Maggie. Estoy seguro de que no se trata de encontrar ningún gato. Esa mujer estaba nerviosa, preocupada... más que eso, impaciente.
—A lo peor tiene un trauma sexual y necesita tu ayuda.
—¡Graciosa! ¿No puedes sacarte él sexo de la cabeza?
—No, porque no lo tengo en la cabeza precisamente.
—¡Vete al cuerno! —y puso rumbo a la puerta a grandes zancadas, volviéndose hacia Maggie antes de salir para decirle—: No sé lo que tardaré en regresar. Si se hace la hora, cierra con llave y te largas.
—Si te parece me quedará hasta la noche...
—Cuando tenga dinero y esté al corriente de pago contigo, ¡te despediré! —y desmintió su exclamación enviándole un beso con la punta de los dedos de la diestra.
Luego, portazo, como al entrar.

* * *

—Aquí es, amigo. Son cuatro con treinta.

Pagó el importe de la carrera, saltando a tierra.

El edificio, la quinta, tenía visos de *bungalow* con «hachazos» del más depurado y clásico colonialismo, sí. Pero bien conseguida, muy lograda.

Una vez hubo dejado atrás la artística verja y el coquetón jardincillo, ascendió tres peldaños de mármol con ribete dorado que lo dejaron frente a la puerta de entrada. Oprimió el zumbador, cuyo aviso se dejó oír con un sonido auténtica mente melodioso.

Le abrió una mujer que, por esas raras intuiciones de la vida y aunque no la conocía, supo de inmediato que no se trataba de Piper Wood. La que estaba ahora frente a Trevor debía contar unos treinta añitos largos. Alta, melena corta y negra, revuelta, como si acabara de levantarse de dormir o de lo que fuese. Sin duda había sido hermosa. Pero en la actualidad sus facciones mostraban ese rictus ansioso y malévolo que solía derivarse del uso de las drogas y del entregarse con furor a la depravación sexual. La mirada de sus ojos oscuros era huidiza y estaba rodeada por una amplia elipse violácea. Llevaba corrida las pinturas de los labios. Total: un asquito de mujer.

—Me llamo Trevor Cooper —anunció, tras el estudio mutuo a que ambos se habían sometido—. La señora me está...

—Sí, sí, pase. Tenga la amabilidad de esperar unos segundos.

Trevor la vio desaparecer entre cortinajes vaporosos de vivo colorido. El vestíbulo donde se encontraba era impresionante. Mobiliario verdaderamente costoso, figurillas de genuina porcelana de Séevres, etcétera. Frente a los ojos azul-grises del novel detective había un espécimen de planta rara, más alta que él, que producía unas enormes hojas verdes. Irradiaban un hálito de frescor agradable, tropical. Todo muy maravilloso, sí. Muy moderno, también.

Apareció en aquel instante la de la cara viciosa y pinta de drogadicta, diciendo:

—Sígame, por favor.

Eso hizo, seguirla. Atravesaron una serie de salas, dependencias, más salas... que ridiculizaban el lujo y esplendor del vestíbulo.

—La señorita Wood lo está esperando —y señalaba unas monumentales vidrieras tras las que se encontraba una terraza de ensueño.

Se largó.

Plantas, plantas de todas clases. Flores, muchísimas flores, perfumando el ambiente, dándole sabor y color. Aroma que se

dice. En el centro, un parasol de listado multicolor de cuyo toldo pendían bombillitas de pesebre. Y por debajo de aquél surgió la voz cálida que ya escuchara Trevor a través del hilo telefónico... voz bien timbrada, armoniosa, susurrando:

—Adelante, Cooper.

—*Okay*.

Adelante. Una mesa baja en la que había una botella dentro de un cubo dorado y dos vasos de costoso cristal tallado. Un recipiente, brillante, lleno de bloquecitos de hielo, y a su lado otra botella, ésta de whisky. Después... unos tobillos finos, torneados, sobre los que el ajustado pantalón de satén rojo formaba una pequeña y graciosa «v» al revés. Luego, la pincelada escultórica de unas piernas muy bien trazadas. Y siguiendo hacia arriba, una cintura breve, tostada, desnuda lo mismo que el ombligo, porque el jersey amarillo se terminaba tres dedos debajo de sus agrestes y felinos senos. A cada lado de la tumbona donde ella se encontraba desmadejada y lánguida, dos perros, a cual más impresionante. Un alano (1) de pelaje leonado y un doberman negro y brillante como una enorme cucaracha.

(1) También conocido como «gran danés». Es de talla superior a la de cualquier otro perro, pelaje corto y liso y complexión sólida. (N. del A.)

Ninguno de ambos se inmutó al captar la presencia del detective. Estiraron las orejas, eso sí, pero nada más. Ni un leve gruñido. Síntoma inequívoco de que ambos eran peligrosos.

A Cooper, hasta cierto punto, le «mosqueó» ligeramente aquel decorado. Era buen —o mal— síntoma que una mujer recibiese a un desconocido con tanto detalle, con tan estudiada preparación.

—Buenos días, señorita Wood. ¿Puedo sentarme?

Ella, alzando el vaso que sostenía en la diestra a guisa de saludo y brindis, murmuró:

—Está en su casa, Cooper.

Trevor, tomando una de las sillas, la acercó a la mesa y tras ocuparla, quedando a la izquierda de la tumbona y frente a los relucientes ojillos del doberman, repuso:

—Se agradece —inquiriendo a renglón seguido—: ¿Para qué me ha llamado?

Ella, no respondió de inmediato. Bebiendo lánguidamente, estudió con desinterés, hasta con apatía diríase, la atlética naturaleza del detective. Trevor, estaba recreándose en lo mismo, por segunda vez. Pero desde otra perspectiva porque ahora podía ver el rostro, cosa que al estar de pie le había impedido la lona del parasol. Piper Wood era morena, de cabellos sedosos, negro azabache y ojos rasgados del mismo color, muy grandes, muy

personales, muy móviles pese a su supuesta dejadez en el interior de unas órbitas elípticas sesgadas hacia las sienas. La nariz, de un solo trazo, se detenía en curva respingona encima de una boca de labios sensuales, carnosos, tan rojos como el pantalón de satén.

Cooper, cada vez más «mosca», tomó la botella de whisky con toda la naturalidad o toda la desfachatez del mundo y galaxias limítrofes, escanciándose una generosísima ración en el vaso más cercano que se encasquetó de un solo trago entre pecho y espalda. Luego, secándose los labios con la punta de la lengua, habló:

—Por teléfono me ha parecido usted muy nerviosa. Incluso me ha preguntado lo que tardaría en llegar hasta aquí. Pero, afortunadamente, veo que ya se ha tranquilizado.

—Ni lo sueñe, Cooper. Me estoy esforzando por aparentar una serenidad que no siento. Aparte que los hombres como usted me ponen ligeramente nerviosa...

—Sé de mi *sex-appeal* —comentó irónico el rubio, luciendo una de sus cínicas sonrisas—, señorita. Pero haga como que lo ignora y procure contenerse. ¿Me decía?

—Se le dan bien las mujeres, ¿verdad, detective? —inquirió la preciosa morena, provocativa, aupando la espalda sobre el respaldo de la tumbona.

—Mejor que el bingó. ¿Qué es lo que en realidad quena decirme, señorita Wood?

—Piper a secas.

—¿Qué está tratando de decirme, Piper a secas?

—Me encanta su sentido del humor.

—Y a mí me fastidian los rodeos que está usted dando antes de ir recta al grano —replicó el pesquisa.

—No estoy tranquila, Cooper. Aunque parezca lo contrario, me consume la impaciencia.

—¿Por...?

—Un cuarto de millón de dólares;

—No sabía que existían cantidades semejantes —dijo él, siempre en su línea socarrona—. Creí que eran cifras matemáticas como por ejemplo, la distancia entre la Tierra y la Luna.

—Una distancia parecida —se interpuso la extraordinaria hembra — me separa a mí de cobrar esos doscientos cincuenta mil. Para eso le he llamado. Espero que ust... que tú, me ayudes a conseguirlo.

—Tengo poca experiencia en el asalto de Bancos.

—Se trata de una póliza de seguros. Un seguro de vida que Gordon Bennet tenía a mi favor...

—¿Gordon Bennet? ¿El detective que...?

—Asesinaron ayer por la tarde —completó la hermosa Piper.

Puntualizando—: Yo, por decirlo de alguna manera, era su prometida. Bueno... algo más que eso, pero no estábamos casados. —Entiendo. Eso pasa en las mejores familias. ¿Por qué yo precisamente, Piper? ¿Y para qué?

—Creo —dijo ella, llenando el vaso con parte del contenido de la botella que estaba en el cubo dorado y brillante— que será mejor que te explique las cosas desde un principio.

—Eso mismo creo yo, Linda. Te escucho —habló Trevor, confirmando el tuteo que Piper había iniciado.

Tras ingerir un sorbo del licor y paladearlo con delectación tomó de nuevo la palabra la morena de ojos rasgados, anunciando:

—Soy inglesa y modelo publicitaria. Vine a Nueva York hace dos años contratada por una importante firma dedicada a la fabricación de prendas intimas femeninas y tras ese con trato surgieron otros, lo cual, me decidió a instalarme definitivamente aquí. Conocí a Gordon, hace un año aproximadamente, en el estadio del Cosmos en un partido de fútbol que el equipo neoyorquino jugaba contra el Bayer Munich alemán. A Gordon, pese a ser de aquí, le encantaba el balompié. Ocupábamos localidades vecinas y así empezó todo. Salimos aquella misma tarde y por la noche... ¿entiendes?

—Como si lo viera. No puedes hacerte una idea de cómo me trabaja la imaginación. Pero sigue, sigue...

—Lo que empezó como una aventura —prosiguió Piper Wood —, tuvo continuidad y más que eso, frecuencia reiterada. Al fin, decidimos vivir juntos, aunque no de una forma pública. Gordon y yo entendíamos la vida de una forma liberal, sin ataduras, con cierta anarquía pero con unidad de criterios y comunión de ideas. Nos pertenecíamos y al mismo tiempo éramos libres.

—A eso le llamo yo democracia aplicada a nivel de pareja.

—Aunque te burles, así era.

—No me burlo —aclaró el rubio, dando un manotazo a los bucles que rielaban su frente—. Simplemente siento envidia por no haber encontrado una mujer que conciba la vida como la entiendes tú. Pero continúa, no hago más que interrumpirte.

—Es lo mismo, Cooper. Ya estoy llegando al final. Un buen día él, tuvo la idea de que contratáramos dos pólizas de seguro, una cada uno en favor del otro por importe de doscientos cincuenta mil dólares, que percibiría aquel que sobreviviese al otro. Pero esa póliza tenía... tiene una cláusula muy peculiar: en caso de que uno de nosotros muriese en circunstancias anómalas, más concretamente de muerte violenta... como acaba de suceder con Gordon, el beneficiario no podría... no puede percibir la cantidad estipulada hasta que los hechos que rodean la muerte queden

convenientemente aclarados y totalmente fuera de duda que, yo en este caso, no he tenido la más mínima conexión con el asesinato.

—Muy demócratas pero muy desconfiados —comentó Cooper.

—Todo fue idea de Gordon. Tanto lo de las pólizas como esa cláusula adicional —le aclaró Piper. Añadiendo—: En cuanto al hecho de haberte llamado a ti tiene una lógica razón de ser: hace poco tiempo le dirigiste una carta a Gordon, ¿no?

—En efecto.

—Yo me encontraba en su despacho cuando la recibí. Recuerdo que me hizo el comentario de que resultaba absurdo que aún hubiese quien se decidiera a instalarse como detective privado en Nueva York. También leí el anuncio que insertaste en el *Herald Tribune*... tu nombre se retiene fácil en la memoria.

—Hay otros con más garantías que yo, ¿no?

—Si pensara eso no estarías aquí. Todo lo que acabo de decirte era más sencillo para mí que lo escuchase Trevor Cooper que no cualquier «fantasma» de la investigación de esos que se creen de vuelta de todo. Tú necesitas trabajar, y sé que vas a volcarte en esto. Quiero saber quién asesinó a Gordon y el porqué. Estoy casi tan impaciente por saberlo como por cobrar los doscientos cincuenta mil.

—Más impaciente por la «pasta», muñeca. Porque no se me oculta que eres una mujer muy práctica. Lo de Gordon ya es historia y el cuarto de millón está ahí, crujiente y nuevecito, esperando que tú lo cobres.

—Lo cual no podré hacer hasta que tú no aclares los pormenores de su trágica muerte.

—¿En qué estaba trabajando él últimamente?

—Ni idea —negó Piper, oteando la melena de izquierda a derecha al mover su cabecita. Aclarando—: El aspecto profesional de Gordon me interesaba tan poco que casi apenas hablábamos de ello. Lo único que puedo poner a tu disposición es su agenda. Tenía un duplicado, por aquello de un posible extravío, y yo se la guardaba. De cuando en cuando me la pedía para hacer anotaciones devolviéndomela acto seguido. Aquí está... —y la extrajo, no sin dificultad, del bolsillo trasero del pantalón rojo, tendiéndosela a Cooper.

—Menos da una piedra —dijo Trevor, recogióndola.

—Quien quizá pueda servirte de ayuda es su hermana. Con ella, en lo que hacía respecto a su trabajo, Gordon tenía más comunicación. Kim y yo nos llevamos fatal porque ella no veía con buenos ojos nuestras relaciones.

—¿Dónde vive Kim?

—En el Queens, muy cerca del John F. Kennedy International Airport. Lefferts Boulevard, 418. Para orientarte, queda en la demarcación de South Ozone Park, ¿Hablamos de dinero. Cooper?

—A nadie le amarga un dulce —comentó el detective.

—Sé que no andas muy boyante... —acabó de incorporarse del todo en la tumbona—, y te he preparado un cheque por cinco mil dólares, para empezar. ¿Hace?

—Hace maravillas, prenda. ¿Contabas con que aceptaría?

—Es tu oportunidad, ¿no?

—Es. A mí, no me va el hacerme el «estrecho», ni me importa confesar que estoy sin un chavo. Veamos esa «receta» por cinco mil.

Se la tendió, porque la tenía muy a mano, debajo del plato que sostenía el recipiente de los cubitos de hielo.

—Da gusto trabajar para ti, Piper. Estás en todo. Como debe ser, sí, señor.

—¡Ah! Se me olvidaba decirte que si resuelves el caso antes de dos semanas te entregaré otra «receta»... por valor de veinticinco mil unidades de «penicilina».

—¡Lo que se perdió la medicina contigo, guapa!

—¿Siempre tratas a las mujeres desconocidas con tanta familiaridad?

—Más o menos —sonrió él—. También yo soy muy liberal.

—¿Tienes prisa, detective Cooper?

—Estoy impaciente por embolsarme esos veinticinco mil del ala, pequeña.

—Pero dispones de media hora, ¿no?

—Si te empeñas...

—Quiero darme un chapuzón en la piscina... y me molesta bañarme sola. El agua amansa las fieras, estimula ciertas pasiones y calma incluso la impaciencia. Tú y yo somos un par de impacientes...

—Aunque te cause extrañeza, no acostumbro ir de visita con el bañador en el bolsillo.

—No es detalle imprescindible para darse un remojón... ¿O sí?

—Más bien no.

CAPITULO III

Era una mujer realmente impresionante; una auténtica fuera de serie.

Kim Bennet.

Su belleza salvaba con generosidad extrema los cauces normales, transgredía las fronteras de lo imposible y alcanzaba un grado de perfección que en buena lógica debía dejar asombrada a la propia naturaleza quien, de otra parte, le había entregado aquellos dones magnánimos de hermosura. Se partía del rubio ceniciento de su cabello, largo y esponjoso, que enmarcaba el óvalo de su faz donde tenían albergue un par de ojos irisados... de arco iris por la disparidad de tonalidades que parecían surgir de aquellas pupilas, según se las mirase y según se reflejara la claridad en ellas. Se continuaba con una boquita deliciosa de labios maduros, color escarlata, que se unían en excepcional arco de cupido y hacían pensar en el beso como Juan Sebastián Bach en la música.

Y siguiendo de garganta hacia abajo la cosa era de película. Sus formas poseían una suave agresividad que le prestaban mayor encanto que si sólo hubiese en ellas la voluptuosidad sensual que caracterizaba la anatomía de otras muchas hembras. Palpitante y dúctil la firmeza de sus pechos latentes, altivos, la esbeltez de su tallo flexible, la tenue ondulación de sus rítmicas caderas, la línea ágil y estilizada de sus extremidades inferiores fenomenalmente torneadas.

Todo aquello, que era demasiado, oprimido y encarcelado en un vestido negro de sola pieza que se ceñía a los abruptos contornos como una segunda y obsesiva piel.

Trevor, mientras la contemplaba, le calculó a ojo de buen detective unos veintidós años de edad. Aunque eso, bien mirado en aquel caso, era lo menos importante.

Y un tipo como él que las había visto de todas clases y colores estaba, muy de veras, impresionado. Era una mujer para toda la vida... hasta que la muerte los separase.

Una mujer que ya comenzaba a impacientarse porque taconeó vivamente en el suelo, dando evidencias de intranquilidad.

—¿Ha venido para un reconocimiento médico, señor... cómo ha dicho que se llama?

—Sin señor: me llamo Trevor Cooper. Disculpe que me haya... bueno, es usted tan bonita y agradable, que no mirarla con detenimiento se me antoja un pecado capital.

—Ahora que ha evitado pecar, ¿puede decirme lo que desea?

—Primero... ¿me permite pasar?

—¿Por qué había de hacerlo?

—Porque se me antoja otro pecado, mejor dicho una grosería, darle el pésame por la muerte de su hermano como si fuera el basurero trayendo la felicitación de Navidad.

—¿Conocía a Gordon?

—No personalmente. Pero le escribí una carta recientemente por... pidiéndole ayuda porque, hasta hace pocos minutos, era un detective en paro. El sino de los tiempos...

—Le agradezco su condolencia, señor Cooper. Y ahora, si me disculpa... —hizo ademán de darle con la puerta en las narices.

—Por favor —insistió él, introduciendo con suavidad el pie derecho entre la hoja de madera y el umbral para evitar que aquélla se cerrase. Puntualizando—: Quisiera hablar con usted, señorita Bennet. Sucede que, precisamente mi primer caso como *private eye*, consiste en esclarecer los hechos que rodean el asesinato de su hermano.

Arqueó las cejas con evidente sorpresa.

—¿Por cuenta de quién?

—No me es dado el revelar la identidad de mi cliente. Pero no creo que usted esté ajena al interés de otras personas por saber quién y por qué mató a Gordon Bennet.

—¡Ah, ya! —exclamó la hermosa muchacha—. Se trata de Piper, ¿no?

—Insisto en que no debo hablar de ello. ¿Me deja que pase... por favor?

Le dirigió un nuevo vistazo de pies a cabeza como si quisiera asegurarse de cuál debía ser su postura correcta y dijo al fin:

—Está bien. Entre.

Y lo precedió con singular y tibio balanceo de caderas hasta un coquetón *living* donde, al tiempo que se dejaba ir sobre una butaca, señalaba la gemela, diciendo:

—Tome asiento.

Así lo hizo Cooper.

—Gracias... ¿Puedo llamarla Kim?

—Si es mi nombre, ¿por qué no?

—Trate de ser cordial conmigo. Kim. Estoy aquí por una buena causa, por una causa justa como lo es el hecho de querer desenmascarar a unos asesinos.

—Porque le pagan para ello, ¿no?

—Como le pagaban a su hermano en circunstancias similares. ¿Ha olvidado que, salvando las lógicas distancias, éramos colegas?

Kim Bennet inclinó su preciosa carita como sintiéndose avergonzada. Incluso unos rosetones rojos aumentaron el color de sus mejillas y la belleza de sus facciones.

—Disculpe... —dijo al fin—, Creo que estoy muy nerviosa. La muerte de Gordon, de una manera tan trágica, me ha descompuesto. Siento dolor y rabia Me consume la impotencia, el saberme incapaz de...

—¿De conseguir que los asesinos paguen? —completó Trevor. Añadiendo—: para eso estoy aquí, Kim. Y lo que menos importa es quién me haya contratado. Aunque la comparación sea absurda en este caso, el orden de los factores no altera el producto. Imagínese que es usted quien ha contratado mis servicios y colabore el máximo. ¿Acepta?

Le miró ahora con rectitud esbozando una tímida y fugaz sonrisa.

—Acepto.

—Dígame en qué y para quién estaba trabajando Gordon últimamente. Es vital que yo lo sepa para tener un punto de partida desde el que orientar mis investigaciones.

Kim, dubitativa, se mordió el labio inferior.

—Es que... —titubeó.

—Su hermano está muerto —la acució Trevor.

—Para el señor John Taylor.

Trevor Cooper casi brincó en el asiento. No pudo contener la sorpresa ni hizo nada para evitarla. ¡John Taylor! El senador muerto accidentalmente por la mañana, el detective acribillado a balazos por la tarde: ¿guardaban relación ambas muertes? Gordon trabajaba para Taylor...

—¿Cuál era el motivo por el que John Taylor había requerido los servicios de su hermano?

—Lo ignoro. No me habló de ello.

—Gordon fue asesinado en Harlem. ¿Tenía algún amigo por aquel barrio?

Kim se encogió de hombros en gesto ambiguo. Aclaró:

—No creo. Pero se relacionaba con esa clase de gente poco recomendable de la que ustedes necesitan muchas veces para obtener un dato, un nombre, una pista... ¡qué sé yo!

—¿Imagina que su visita de ayer a Harlem podía estar relacionada con la investigación que le encargó el senador?

—Es posible. Pero no podría asegurarlo.

Trevor se mantuvo unos instantes en silencio, como reflexionando, sin dejar por ello de tener sus pupilas fijas, casi con reverencia, en la armoniosa figura de la muchacha. Dijo tras la pausa:

—Comprendo que no es el momento ideal para acosarla a preguntas, Kim. Sólo quiero que entienda que Gordon, en mis circunstancias, estaría haciendo lo mismo.

—¡Lo sé, lo sé, y no le culpo por ello! —exclamó la bellísima

mujer.

Y de súbito estalló en un acceso de llanto convulsivo al tiempo que ocultaba su rostro entre las manos y sollozaba.

—¡Por qué, Dios mío, por qué! ¿Por qué lo han matado de esa forma? ¡Se lo había dicho en más de una ocasión..! ¡Maldito oficio! Sin él me siento... ¡me siento totalmente huérfana y desamparada!

Trevor se alzó de la butaca para ir junto a ella y posar ambas manos en los hombros de la muchacha. Después, con infinita suavidad, le acarició la cabecita de sedosas hebras cenicientas, musitando:

—Cálmese, Kim, cálmese. Entiendo que es justo que se desespere, pero usted debe comprender también que ni su desesperación ni sus lamentos ni su llanto van a devolverle la vida a Gordon. Trate de aceptar los hechos como se han producido, por duros y crueles que resulten. Y... —dudó unos segundos antes de añadir—. piense que las lágrimas no me dejan contemplar la inmensa belleza de sus preciosas pupilas.

Kim alzó la cabeza. Buscó con las suyas las manos del detective y le dijo:

—He sido muy injusta con usted. Cooper.

—No se haga problemas. Kim. Su reacción inicial ha sido tremendamente lógica y humana. Voy a sugerirle una cosa que en principio no le agradará, pero luego comprenderá que puede ser beneficiosa para... ambos. ¿Le parece que cenemos juntos esta noche? Hablaremos de Gordon, de su trabajo, de su carácter. Todo eso, siempre y cuando me prometa no llorar. ¿De acuerdo?

Ella, trató de forzar una sonrisa comprensiva. Murmuró:

—De acuerdo.

—Pasaré a recogerla a las nueve. ¿Es buena hora?

—Sí, sí...

Trevor entonces, tras acariciarla de nuevo con la mayor delicadeza, le dijo que debía marchar. Porque además de estar impaciente por los veinticinco mil —cosa que ni la belleza dulce y explosiva de Kim podía hacerle olvidar—, estaba impaciente también por comprobar una corazonada que le había asaltado desde el momento en que la muchacha le había dicho que Gordon estaba trabajando para Taylor.

Porque pensaba, o al menos lo suponía, que el asesinato del detective tenía mucho que ver con la misión que le había encargado el senador. Aunque doscientos cincuenta mil dólares también eran un buen motivo... ¡no, era absurdo! La cláusula de marras impedía concretar en hechos lo que sí podía ser un pensamiento. Podía pensarse en matar, pero no era rentable

ordenar la ejecución. Por el momento, había que descartar a la impaciente Piper Wood.

Kim le acompañó hasta la puerta que tanto le había costado abrir en un principio y, de pronto, sin que Trevor tan siquiera lo imaginase, se alzó sobre la puntera de los zapatos y rozó con los suyos los labios del detective.

El calor de aquel beso fugaz estaría quemando durante muchas horas en la boca del hombre. Sólo había sido un atisbo de lo que los jugosos labios de la mujer eran capaces de entregar y para Trevor el principio de algo maravilloso que ahora quedaba levemente difuminado por la preocupación que entrañaba desvelar el misterio que rodeaba la muerte de Gordon Bennet.

Se despidieron con un: «Hasta la noche» y con una mirada si no explícita sí elocuente, una mirada en la que se condensaban una serie de sentimientos, entremezclados, no bien definidos, pero que apuntaban la posibilidad de clarificarse en el momento menos esperado.

* * *

Trevor se metió en la primera cabina telefónica que le salió al encuentro, colgándose del auricular para discar en el dial el número de su despacho. Casi al instante' escuchó:

—Oficina del detective Cooper, ¿quién habla?

—Tu jefazo, Maggie.

—¡Qué alegría oírte, Perry Mason! ¿Qué tal tu nuevo y primer caso?

—Intentando buscarle solución. Tengo que encontrar un gato siamés que se ha fugado de su casa con un «Chevrolet» azul en compañía de una bellísima perra. Tratan de romper el hielo entre ambas razas. ¿Te parece emocionante?

—¡El delirio, jefe! El sueño dorado de cualquier detective. Y ahora, ¿puedes hablar en serio?

Lo hizo. Trazando un esbozo, a grandes rasgos, del caso que acababa de encomendarle Piper Wood. Después, añadió

—Necesito tu colaboración, Linda.

—Dalo por hecho. ¿De qué se trata?

—¿Sigues teniendo por amigo aquel apuesto teniente de la Brigada de Homicidios del que me hablaste?

—*Okay* —la oyó confirmar. Matizando—: Más que amigo es uno de mis devotos y rendidos admiradores. Por m sería capaz...

—De leerte el informe forense y darte una copia sobre la muerte del senador Taylor... pongo por ejemplo. ¡Eh! ¿Qué contestas?

Maggie rompió el silencio en que se había sumido al otro extremo del hilo, confesando con voz apenada:

—Es que... me pedirá algo a cambio.

—¡Pues dáselo! —exclamó Trevor.

—No te importa lo que pueda pedirme, ¿eh? Ni lo que yo me vea obligada a darle, ¿verdad?

—¡Claro que me importa, mujer! Tú lo sabes. Como hombre me preocupa el solo hecho de que los haya que se atrevan a profanar tu cuerpo con su repulsiva y lujuriosa mirada. Pero... ¡ah! —lanzó un sonoro y prolongado suspiro, algo así como un triste lamento —, como detective profesional de la investigación, tengo que retorcer mis sentimientos y sacrificarme...

—Y sacrificarme a mí —le cortó la pelirroja desde la oficina—, en provecho de tus investigaciones.

—Y de tus mensualidades atrasadas. ¿Cuento contigo, prenda?

Otro suspiro, éste de Maggie, y la resignada respuesta:

—Sabes que sí, canalla.

—Ponte en contacto con ese fulano inmediatamente, linda. ¡Eres un sol! Recuerda que te lo he dicho, ¿eh? Te espero a las cinco de la tarde en el acceso del Central Park que desemboca a la 96 Street. Con resultados positivos, ¿eh?

—¡Muérete, egoísta!

—Pero a tu lado y de amor, pequeña. A las cinco, no lo olvides.

Y colgó, saliendo de la cabina, para buscar un rincón solitario en un snack donde poder leer con detenimiento la agenda de Gordon Bennet. Se hizo servir un sandwich y una cerveza mientras comenzaba a hojear el librito. No aparecía por lugar alguno el nombre del senador Taylor o el de alguien que pudiese relacionarse con aquél. Pero sí el de dos tipos cuyas señas y teléfono correspondían al barrio de Harlem.

Uno se llamaba Stanley Burns y el otro Roy Kulik. Probó desde el teléfono del snack, pero en ninguno de los dos números obtuvo respuesta. Seguramente debía tratarse de un par de buscavidas que andarían por la calle aguardando la ocasión de hacerse con unos dólares.

Decidió que lo mejor sería plantarse en el sector de los negros. El, también tenía allí un amigo, que quizá podría facilitarle información sobre aquel par de prendas doradas.

Abonó la consumición saliendo del establecimiento a toda prisa.

CAPITULO IV

—No se puede pasar, maestro.

—¿Alguna proyección porno en privado, gorila? —inquirió Trevor sonriente. Agregando—: Soy amigo... y uña y carne de Spencer Krane. El otro, un fulano de envergadura digna de tener en cuenta y cara de perro de presa, le mostró los dientes en lo que trataba de ser una sonrisa. Anunció:

—Las cosas han cambiado, uña y carne. Krane ya no manda aquí. Esto lo ha comprado el señor Matheson, Bananas Matheson, ¿no ha oído hablar de él?

Una de sus sonrisitas burlonas.

—¡Oh, sí, claro que sí! Cuando yo era jefe local del sindicato del plátano. Me encantará volver a saludarlo. Está en su guarida, ¿no? La que antes era de mi uña... porque yo soy la carne, ¿sabes?

—Te estás pasando, gracioso. Y yo tengo poco sentido del humor.

—¿Están los dos o alguno de los dos? —terció Trevor sin preocuparse de que el otro no tuviese ganas de reír.

—No son horas de visita.

—Hazte a un lado porque voy a pasar, tontín de los bosques.

El gorila quiso echarle mano al hombro para zarandearlo, pero Trevor evitó la efusión, ladeándose, al tiempo que le aplicaba la punta de los dedos de la zurda al plexo. Cuando boqueó por falta de aire en los pulmones la rodilla del detective fue a estrellarse contra la barbilla del corpulento guardaespaldas, estampándolo contra la pared.

Lo menospreció porque ya avanzaba pasillo adelante creyéndose que lo había dejado K. O. cuando un jadeo a su espalda le advirtió de que el asunto no estaba zanjado. Ni muchísimo menos, pese a su enorme naturaleza el fulano se había rehecho y revuelto con enorme agilidad, lanzándose en *plongeon* hacia Trevor a la vez que le decía que su madre no era lo que él siempre había creído que era.

Trevor, girando en seco, no tuvo más opción que esperarlo a pecho descubierto, corriendo el riesgo de que le pulverizase los pulmones de un cabezazo. El impacto fue violento porque no pudo el detective evitarlo por completo, saliendo hacia atrás, malparado y trastabillando.

—¡Ahora te vas a enterar! —farfulló el otro.

E intentó un nuevo lanzamiento en plancha con la idea de atrapar el gajnate del pesquisa y apretarlo hasta que tuviera que respirar por las orejas.

Por rápido que el fulano fuese, el peso inferior de Trevor le

proporcionaba la ventaja de una superior agilidad, de una mayor elasticidad, de las que se sirvió para hurtarse a la nueva andanada al tiempo que apoyando la palma de ambas manos en tierra disparaba las piernas hacia arriba conectándolas con la cara del gorila, que sangró al instante por nariz y boca. Ahora sí que estaba medio *groggy* circunstancia que aprovechó Cooper para ponerse en vertical y mostrar a los estrábicos ojos del mamut el cañón de su negra automática.

—¡De pie, basura! —le ordenó.

—Te acordarás de esto, muchacho —jadeó medio atontado, pero con ánimos amenazantes todavía.

Le obsequió con una de sus mejores y más irónicas sonrisas.

—*Okay*, cerdo. Pero ahora echarás delante de mí rumbo al «agujero» del Bananas, ¿está claro? ¡Ah!, ten presente que este «petardo» hace explosión con sólo intuir que a su amo le van a jugar alguna marranada. ¡Andando!

Se hizo a un lado para permitir que acabara de incorporarse y luego lo siguió a prudencial distancia.

Caminaron hasta el fondo del pasillo, donde éste se bifurcaba, y la mala bestia que Cooper encañonaba dobló a la izquierda y se detuvo frente a una puerta.

—Aquí es —masculló.

—Como un hombrecito bien educado que eres, llama. Pide permiso para entrar...

Dio un paso adelante y golpeó la hoja con los nudillos de una manera totalmente normal. Se cuidó bastante de no andar con señas ni tonterías.

Luego de llamar, abrió la puerta, entraron ambos y el gorila, dirigiéndose al negro de estridente indumentaria que se hallaba sentado en el sofá adyacente a la mesa de despacho que ocupaba el frontispicio de la estancia, con una sabrosa trigueña en sus rodillas a la que intentaba despojar del sujetador, dijo:

—No he podido impedirlo, señor Matheson. Me ha pillado por sorpresa.

—¡Estúpido! —le respondió el otro. Añadiendo—: ¡Fuera de aquí! —y botando a la hermosa mujer de su regazo le dijo—: ¡Tú también, largo!

Se quedaron solos Bananas Matheson y el detective.

—¿Siempre anda usted así por el mundo, amigo?

—Sólo cuando me obligan. Bananas. Su bulldog se pasa a la hora de ser expeditivo y como sí voy por el mundo es intentando que no me rompan el esqueleto. Yo, dicho sea de paso, venía preguntando por mi buen amigo Spencer Krane.

—Ya no está aquí.

—Lo sé. Le vendió este antro a usted. Pensé que a lo mejor seguía aquí en plan de ayudante o socio.

Negó el negro.

—Quería cambiar de aires, ¿entiende? La policía se empeñó en buscarle las cosquillas... Creo que anda por Nevada. Reno o Las Vegas, no recuerdo bien.

—De poco va a servirme pues —habló el detective, devolviendo a la funda sobaquera la pistola que aún mantenía empuñada con la diestra. Y agregó—: pero ya que estoy aquí, aunque supongo que mal venido por su parte, quizá usted pueda hacerme el favor que venía a pedirle a Spencer.

El dueño del lugar cruzó las piernas con displicencia, pasó ambos pulgares por debajo de las solapas de la chabacana pero costosa chaqueta y preguntó:

—¿De qué se trata?

—Stanley Burns y Roy Kulik.

—Sea por lo que sea descarte a Burns —respondió Bananas—, el cual, se encuentra viviendo una temporada por cuenta del Gobierno. «Talego», ¿entiende?

—Entiendo. ¿Qué hay de Kulik?

—No sé si debiera... Usted me ha estropeado a mi hombre de confianza, ¿sabe? Pero en el fondo me cae simpático y cuando un tipo le cae simpático a Bananas... detective privado, ¿cierto?

—Como que estoy hablando con usted. ¿Qué me decía de Roy Kulik?

—Borracho, drogadicto... una basura. Pero eso sí, cuando está sobrio, un fotógrafo fenomenal. Como hay pocos. Oiga, detective, ¿por qué no se sienta?

—Gracias —y lo hizo al lado de Bananas, agregando—: No quisiera abusar de su buena disposición y menos dado el sistema por el que he llegado a usted...

—De tú, amigo.

—Okay. Me llamo Trevor Cooper, que hora es ya de que me presente.

—Pues sigue preguntando, Trevor —le animó el negro—. Me gusta colaborar con los tipos que saben menearse para buscarse la vida. Me imagino que eres un detective de segunda fila, porque no te había oído nombrar nunca...

—De tercera y voy que mato. Este es mi primer caso. Verás... ayer se cargaron en Harlem a un colega llamado Bennet.

—¡Lo sé, pobre Gordon! A ése sí lo conocía.

—¿Trabajaba Kulik para él?

—Puede —dijo Matheson—. Los había visto juntos en alguna ocasión.

—¿Qué hay del asesinato de Gordon?

Bananas, por primera vez durante el transcurso del amigable diálogo, se mantuvo en silencio, dubitativo, y diríase incluso que a la defensiva. Dijo al fin:

—Lo único que puedo asegurarte es que no fue cosa de nadie del barrio. Gordon era bien recibido aquí. El «trabajo» lo hizo gente de fuera, verdaderos profesionales. Además, está claro que iban a por él.

Trevor, de repente, porque también a él se le ocurrió de repente, inquirió:

—¿Te suena el atraco a una sucursal del South National Bank?

—Me suena —cabeceó afirmativo Bananas. Añadiendo—: Y tengo que repetirte lo mismo que en el caso de Bennet. No fue cosa del hampa. Esos asuntos se saben, se comentan, se rumorean, ¿entiendes? Eso lo ha hecho gente que no es de aquí. Puedes tener la completa certeza.

—¿Dónde puedo localizar a Kulik?

Bananas Matheson le dio un vistazo a su rutilante reloj de pulsera.

—Tienes suerte, porque a esta hora aún no estará borracho, aunque sí camino de pillar la «castaña». Es fácil que des con él en el tugurio de Armstrong. Está dos manzanas más abajo, esquina con Fletcher Street. Basta con que preguntes por el bar del «saxo moreno». Si no está allí, ¿sabes su domicilio?

—Sí, tengo la dirección —y se puso en pie, tendiendo la diestra a Bananas—. Gracias por todo, Matheson. Y lamento...

—Olvídalo —dijo el negro, estrechando la mano que él le tendía. Añadiendo—: ¡Ah! Y ya sabes dónde me tienes. Pero no vuelvas a estropear me al buenazo de Natalio.

—Lo procuraré. Aunque sólo sea por el bonito nombre que tiene. ¡Hasta otra, Matheson!

—Suerte, pesquisa.

No tuvo dificultad en encontrar el bar del «saxo moreno», pero allí le dijeron que no le habían visto en toda la mañana. Trevor entonces, decidió personarse en las señas que constaban en la agenda de Bennet.

Apenas había alcanzado los aledaños de la dirección de Kulik cuando entendió que algo raro pasaba allí. Dos coches patrulla de la policía y una ambulancia estaban estacionados en las inmediaciones del domicilio del fotógrafo. La gente, como de costumbre en aquellos casos, se arremolinaba en torno a los vehículos.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó a uno de los espectadores.

—Han «ventilado» a un tipo.

—¿Quién? —siguió preguntando Trevor.

—Un fotógrafo borrachín, que se pasaba más tiempo ebrio que

dándole a la máquina de retratar.

—¿Roy Kulik?

El otro le miró de arriba abajo.

—Sí..., creo que se llamaba Kulik. ¡Oiga, amigo!, ¿por qué pregunta usted tanto?

—Porque soy el preguntador oficial del reino.

Y se alejó con las manos tendidas a lo largo del cuerpo y los puños apretados. Bennet muerto por unos profesionales que no eran del lugar, Kulik asesinado puede que por los mismos, porque estaba fuera de toda duda que ambas muertes tenían puntos tangenciales y él, en su primer caso, metido en un callejón sin salida. Ahora, todo dependía de su corazonada y de lo que Maggie fuese capaz de sacarle al teniente.

¡Le diera lo que le diera! Pero que averiguase algo. Porque si aquella puerta se cerraba la impaciencia de Piper Wood por los doscientos cincuenta mil y la de Kim Bennet por saber que los asesinos de su hermano pagaban el crimen iban a verse encerrados en el callejón donde estaba metido él. Sin salida, sí. El callejón de la impaciencia sin el menor atisbo de salida.

No, si cuando él decía que le crecían los enanos.

Se largó de Harlem porque muerto Kulik, nada pintaba allí. ¿Qué le habría encargado el senador Taylor a Bennet y éste al fotógrafo? Si lograba encajar aquellas piezas... Sí, pero ¿cómo? Todos los que podían arrojar un rayo de luz sobre el oscuro callejón de la impaciencia estaban muertos.

Sus recursos en aquel caso eran de lo más limitados que imaginarse pudiera. Como Maggie no tuviera éxito y de tenerlo confirmase su corazonada, ya podría despedirse de los veinticinco mil.

Era hora de tomar un bocado y hacer tiempo hasta las cinco de la tarde.

* * *

Maggie fue puntual como un crono suizo.

—Hola, encanto —la saludó Trevor, besándola en la boca.

—Qué mimoso estás, cuando te conviene

El detective, señalando el acceso al Central Park, propuso:

—Entramos... para sentarnos en un banco como dos perfectos enamorados.

—Como una enamorada y un perfecto sinvergüenza —matizó ella.

—Lo que tú digas, prenda. Hoy. ni me conviene ni me atrevo a contradecirte.

—Diplomático y demócrata que eres.

—¡Y que lo digas!

Ya se habían sentado en el banco. Trevor pasó una mano por encima de los hombros de su secretaria estrechándola, con fuerza, contra él. Eso, aunque sólo fuera un consuelo, reconfortó a la pelirroja.

—No quiero decirte lo que me ha costado...

—¡Mejor no, prenda! Porque soy capaz de...

—Nada. O mejor dicho, de decirme que le pida otro favor a ti te convenga. He comido con Frank y...

—¡Qué generoso! ¿Te ha cogido de la manita?

—Y quería hacerlo de otras partes y en otro lugar estando en un tris de conseguirlo. Y todo por complacerte a ti.

—Eres una mártir. Y eso te honra, máxime por una causa digna. ¿Qué hay del informe sobre la muerte del senador?

—Pues Frank se ha mostrado muy remiso a la hora de hablarme de ello y le ha sorprendido mi interés por un asunto de esa índole. El prefería hacer tontadas conmigo, jugar con esas cositas en las que todos se fijan menos tú y ha dicho que no entendía cómo una chica tan...

—¡Al grano, Maggie, al grano! —se impacientó Trevor.

—Según Frank se trata de un asunto muy delicado y grave; secreto incluso. Por una serie de razones que él me ha explicado y yo apenas he comprendido, parece ser que la muerte del senador Taylor va a ser investigada por el FBI. Y los casos que recaen dentro de la órbita federal...

—¿Qué hay de ese maldito informe forense, Maggie? ¡Dilo de una puñetera vez!

Abrió el bolso y le tendió un papel doblado con evidente malhumor, exclamando:

—¡Tómalo! Si estuvieses tan hambriento de lo que yo sé como de investigaciones y...

Trevor la escuchaba. Tras desdoblar la fotocopia estaba leyendo el párrafo que más le interesaba y que decía así:

«CAUSAS: Proyectoil del calibre 7.92 mm procedente de arma larga a determinar por el informe de balística, con plif (1) en el tórax a la altura del corazón produciendo estallido de la aurícula izquierda y orificio de la aorta, interesando el pulmón y el páncreas en su trayectoria diagonal descendente con boquete de salida y desgarró, de unos 15 cm, en la zona lumbar derecha dañando parte del riñón. Muerte instantánea por traumatismo cardíaco.»

(1) En terminología médica: impacto. (Nota del Autor).

Una especie de media sonrisa iluminó las facciones del

detective tras la lectura de aquel párrafo. Porque en aquellas explicaciones técnicas se encontraba la plena confirmación a su corazonada. Comentó, dirigiéndose a Maggie:

—Tu amigo Frank tenía más razón que un santo. Desde luego, se trata de un asunto grave, el cual, yo, sin disponer de los amplios recursos policiales, ya había intuido. Este papel confirma mis suposiciones y me demuestra a mí mismo que no soy tan de tercera línea como me creía, sino todo un detective de las ligas mayores con ideas propias y fijas. No te diré que un erudito en materia de investigación, pero sí un pensador...

Maggie, que no sabía si Trevor hablaba en serio o estaba burlándose de ella, inquirió:

—¿Y qué piensa un filósofo de la investigación sobre el amor?

Cooper, guardando la fotocopia del informe forense en uno de los bolsillos interiores de su chaqueta, adoptó una actitud reflexiva, de meditación, que pese a lo cómico que entrañaba no la hubiese mejorado un asceta hindú. Finalmente, inclinando la cabeza y separando ambos brazos como si fuese a impartir su particular bendición sobre la pelirroja, le dijo:

—Hija mía... el amor, en esencia, es la exaltación de los valores espirituales del hombre. Como materia, la fusión de dos naturalezas de sexo opuesto que conducen a un más que agradable desahogo fisiológico, con dulces estertores finales.

—Quiero experimentar esos estertores junto a ti, sin vergüenza.

—Te prometo que cuando concluya, supongo que feliz mente, este mi primer e importante caso, vamos a materializar el amor de tal manera, tú y yo juntitos, que más que estertores va a ser una auténtica agonía lo que vas a sentir.

—¡Dios te oiga!

—Confía en él y en mí, preciosa. Ahora... —se puso en pie— tengo que marcharme, prenda.

—¿Adónde?

—A visitar los deudos del finado senador Taylor. Reconozco que el momento no es el idóneo, pero no me queda más opción que buscar en ellos respuestas a ciertas preguntas. Mi visita no les va a causar la menos alegría, pero...

—¿Cenamos esta noche, Trevor?

Cooper pegó un respingo.

—¡No, imposible! Voy a estar muy ocupado toda la noche intentando hallar una pista que me conduzca hasta los asesinos de Gordon Bennet —mintió con aplomo, pensando en la serena belleza de aquella mujer llamada Kim que tanto le había impresionado.

Salieron del Central Park en busca de un establecimiento donde

dispusieran de guía telefónica para encontrar en ella la ubicación del domicilio de John Taylor. Una vez conseguido ese propósito Maggie y Trevor se separaron con efusivo beso. El detective detuvo un taxi y le dio las señas obtenidas en el listín de teléfonos.

CAPITULO V

Sólo apearse del taxi y dar una ojeada a su entorno bastó para que Trevor comprendiese que el amiguito de Maggie, el tal Frank, había dicho toda la verdad y nada más que la verdad.

Porque el severo auto negro que estaba detenido casi enfrente de la residencia del malogrado senador Taylor, el individuo que fingía leer distraídamente el periódico cerca del buzón de correos y los otros dos que discutían amigablemente a una distancia prudencial del vehículo, apestaban a Federal Bureau of Investigation.

Cooper, muy tranquilo, con paso medido y elástico, avanzó hacia la entrada del edificio. Se interpuso en su camino el del periódico mostrándole a la altura del estómago, con disimulo, su placa federal. Y preguntó:

—¿Puede decirme adónde se dirige?

—Por supuesto —sonrió el detective. Y añadió, disponiéndose a mentir con su habitual sangre fría—. Soy Trevor Cooper, abogado particular de la señora Taylor. Ella me ha llamado y aquí estoy... ¿Hay por parte de ustedes alguna objeción o impedimento?

—¡Oh, no, nada de eso! —dijo el agente federal como disculpándose. Y agregó—: Pura cuestión de rutina, ya sabe. Disculpe que le haya molestado...

—¡Por favor! Ustedes cumplen órdenes. Lo comprendo.

Y se alejó, escondiendo una sonrisa conejuna entre sus burlones labios, hasta salvar las escaleras, oprimir el zumbador, esperar a que el mayordomo —o lo que fuese— le franqueara el paso con una gentil reverencia y le preguntase el motivo de su visita.

Trevor le entregó una tarjeta y dijo:

—Le agradeceré que se la entregue a la señora Taylor. Dígame que se trata de un asunto personal relacionado con su difunto marido.

—Acompáñeme, por favor.

Y lo precedió hasta una sala de espera o de visitas donde le dejó solo por unos instantes, no sin antes ensayar una nueva inclinación.

Alice Taylor no se hizo esperar más de dos minutos.

Nada más verla entrar en la estancia Trevor se puso en pie, le salió al encuentro, tomó la mano que ella le tendía y haciendo educado gesto de llevarla a sus labios, musitó:

—Mis más sinceras condolencias, señora.

Y luego se echó atrás para contemplar a la señora, porque la señora era digna de ser contemplada largamente, ya que la señora era lo que se dice una maravilla de señora. Ya sé que me lo he montado un poco complicado, pero es —era— la pura y genuina

realidad.

Mujeres como Alice Taylor entraban muy pocas en una remesa de mujeres elegantes, guapas y distinguidas. Tenía clase desde la raíz de los cabellos hasta la punta de la uña de los pies. Y el luto —eso le hizo pensar a Trevor en la dulce y subyugante Kim— aún favorecía más su belleza y demás atributos físicos. Su rostro, de perfecto óvalo tostado, contaba con el contraste maravilloso de unos grandes ojos color esmeralda celosamente guardados por unas largas y rizadas pestañas.

Su cabello era de un negro azulado y la boca, de labios tremendamente sensuales, carnosos y húmedos, poseía una madura rojez natural que enerva el instinto. El trazado curvilíneo de su abrupta orografía convertía a la viuda de Taylor en una mujer más que deseable. Y todavía era joven, pues saltaba a la vista que aún no había rebasado la fatídica frontera de los cuarenta.

—He visto en su tarjeta, señor Cooper, que es usted detective privado. ¿Es profesional el motivo de su visita?

—Pues sí..., desgraciadamente sí.

—¿Desgraciadamente? —enarcó ella las bien depiladas cejas.

—En efecto. Porque mi visita está relacionada con la muerte de su esposo.

—¿Le importaría que hablásemos en presencia de otras personas? Todas son allegadas a mí... No se trata de desconfianza, señor Cooper, pero me siento muy nerviosa y alterada después de lo sucedido y...

—La comprendo perfectamente, señora. No hay el menor inconveniente por mi parte.

—Entonces, tenga la amabilidad de seguirme.

Y se trasladaron a otro salón, más amplio, señorial y regio, dentro del cual, dos hombres, acomodados en sendas butacas, mantenían una conversación en tono quedo mostrando una expresión severa y cariacontecida en sus rostros. Se pusieron en pie cuando Alice entró precediendo a Trevor. La anfitriona efectuó las presentaciones con la sencillez característica en quien estaba práctica en tales menesteres.

—El senador Mark Robbins..., el señor Glenn Coburn, socio y mano derecha en los negocios y asuntos particulares de mi difunto esposo. Les presento al señor Cooper..., investigador privado.

El ritual estrechar de manos y luego la invitación a Trevor de que tomase asiento junto a ellos. Alice, que ocupó un sillón a la derecha del detective, anunció:

—Le escuchamos, señor Cooper.

Trevor chasqueó la lengua contra el paladar. Pese a su desenfado, su mundología y todo lo demás, sentíase ligeramente nervioso. Como fuera de órbita. Como temiendo que las palabras que iba a pronunciar no fueran las indicadas en aquellas circunstancias. Pero se decidió sin mayores vacilaciones ni rodeos, explicando:

—Comprendo que el momento es crítico y lo que tengo que exponerles es algo así como un hurgar en la reciente herida pero, como profesional, no me quedaba otra alternativa que dar este paso. Espero que sepan disculparme, en especial usted, señora Taylor.

—Puede hablar con toda libertad —se adelantó el senador Robbins, a lo que seguramente iba a decir Alice.

—Ignoro las explicaciones que la policía les ha dado con respecto a la muerte de John Taylor y la propia composición de lugar que cada uno de ustedes ha efectuado. Lo que sí está fuera de toda duda, es que esta casa se encuentra custodiada por agentes federales —explicó que había tenido que mentir para llegar hasta allí—, lo que demuestra que el fallecimiento del senador no está nada claro ni responde tampoco a la inicial impresión obtenida.

—¿Qué trata de insinuar? —preguntó Glenn Coburn.

Antes de responder Cooper estudió a su interlocutor. Se trataba de un hombre joven —unos veintinueve años de edad—, de atlética y ágil envergadura, moreno y con ojos tan azules como los del detective, cabello a la moda ligeramente largo, elegante y, seguramente, con un fuerte atractivo sobre las componentes del bello y opuesto sexo.

—No insinúo, amigo Coburn —respondió a renglón seguido. Ampliando—: Estoy en condiciones de afirmar que lo del asalto al South National Bank no ha sido más que un montaje escénico para camuflar el asesinato de John Taylor. ¿No les ha hablado de ello la policía?

—¡No, por Dios, no! —exclamó la viuda, llevándose ambas manos al rostro.

—Desde luego que no —dijo el senador Robbins—, nadie nos ha insinuado esa posibilidad. La versión policial y por ende oficial es que mi colega fue alcanzado por una bala perdida, a la salida de la iglesia donde acababan de casarse nuestros hijos, como consecuencia del tiroteo producido en la entrada de la sucursal del South National Bank. ¿En qué se basa usted, señor Cooper, para formular tan grave aseveración?

—En el informe forense, senador. Y si no dispusiera de una fotocopia de él, la presencia ahí afuera de miembros del FBI

también habría despertado mis sospechas —extrajo el papel doblado del interior de la chaqueta y anunció—: Voy a leerles el párrafo que describe técnicamente las causas de la muerte.

Y lo hizo.

—¡No entiendo nada! —volvió a desesperarse Alice Taylor, ahogando un profundo sollozo.

—Ni yo —se solidarizó Glenn Coburn.

—Pues está bien claro, señores —dijo el detective, con énfasis. Puntualizando—: Si John Taylor se encontraba en la parte superior de la escalinata de la iglesia de San Narciso, según se desprende de las versiones de los periódicos y las oficiales, y el tiroteo tenía lugar en un plano inferior, como seis u ocho metros aproximadamente... *la bala que alcanzó a John Taylor jamás podía describir en el interior de su anatomía una trayectoria en diagonal descendente.* ¿Comprenden? En todo caso, en diagonal ascendente, con orificio de salida situado en posición superior al de entrada. En el informe forense, se dice todo lo contrario.

—Y eso, señor Cooper, ¿qué demuestra exactamente? —quiso saber el socio y mano derecha en los asuntos particulares del fallecido senador.

—Elemental, señor Coburn —replicó Cooper con cierta grandilocuencia, sintiéndose casi como uno de aquellos legendarios detectives de novela—. Lo del asalto, como he dicho antes, fue un montaje. Y el tirador que estaba apostado en cualquier ventana de un edificio vecino a la iglesia, aprovechó el fragor del tiroteo para disparar la auténtica bala que acabó con la vida de John Taylor.

—Visto así, parece lógico —comentó Robbins—. Pero si querían matarle...

—De momento y de esa forma —repuso Trevor— camuflaban el asesinato.

—¿Y cómo anda usted metido en esta investigación y por cuenta de quién? —quiso saber Glenn Coburn.

Trevor Cooper, mirando por el rabillo del ojo a la viuda, que ahora se mostraba más abatida y consternada que al recibirle, aclaró:

—Realmente, no es la muerte del senador la que se me ha encomendado investigar. Primero, porque las razones públicas de muerte por accidente dejaban al margen la intervención de cualquier detective privado, máxime cuando ustedes, los interesados, no tenían motivos de sospechar la realidad de los hechos y contratar los servicios de ningún investigador y aún sabiendo la verdad, como ahora, lógico es que lo dejen todo en manos de las autoridades federales. Me han contratado para

esclarecer las circunstancias que rodean el asesinato de un compañero, el cual... *había sido contratado por el difunto senador Taylor para llevar a cabo una investigación cuyas causas u origen, por el momento, ignoro.* Este es el motivo de que hurgarse en el fallecimiento de Taylor y de que me encuentre aquí. ¿Algunos de ustedes tiene noticia de por qué el senador se dirigió a mi colega Gordon Bennet? ¿Usted, señora...?

—Es absurdo —gimió ella, retorciéndose los dedos de una mano dentro de la otra y asomando a sus preciosos ojos unas tímidas gotas de llanto—. ¿Para qué iba a necesitar John los servicios de un detective? Me lo hubiera dicho. John, incluso los temas políticos, solía comentarlos conmigo.

Trevor se encaró con Glenn:

—¿Qué me dice usted, señor Coburn? Podía tratarse de algún informe comercial, de averiguar la solvencia o liquidez de un cliente, ¿no?

Negó rotundamente con la cabeza. Exclamando:

—¡Imposible!

—Salvo resucitar muertos —objetó el detective—, nada me parece imposible en este mundo.

Glenn Coburn, con expresión ligeramente contrariada, anunció:

—He querido ser contundente, pero no he sido explícito. He dicho imposible por la sencilla razón que la parte de informes comerciales la llevo directamente. Era John quien consultaba conmigo cuando de estas cuestiones se trataba.

—¿Cuál es la condición de los negocios en que usted estaba asociado con el senador?

—Una cadena de *drugstores*. Grandes almacenes. Desde artículos de alimentación, perfumería, juguetes hasta sastrería y confección pasando por zapatería, electrodomésticos, etcétera.

—Entiendo —murmuró Trevor. Y mirando al tercer de sus contertulios, dijo—: ¿Qué hay por su parte, senador Robbins? Según leí en los periódicos con motivo de la boda entre su hijo y Marina Taylor, parece ser que ustedes, en el Senado, se habían negado reiteradamente a la concesión de cierto contrato...

—¿Se refiere a la fabricación de los caza reactores por parte de la Trading-Goldstone Machines Incorporated? —preguntó a su vez Robbins. Y percatándose del cabezazo de aquiescencia por parte del detective, matizó—: Si de eso se tratase, yo habría corrido la misma suerte que John. Siempre en el caso de que sus suposiciones de asesinato sean ciertas y fundadas.

—Lo son, senador, lo son. Pienso que de venir por ese lado el conflicto, pensaron quizá que eliminando a uno era suficiente y que el escarmiento, o el temor, le obligaría a claudicar a usted. O

quizá consideraban, y perdone, que la entidad e influencia política de Taylor en Washington era superior a la de usted.

—Indiscutiblemente, lo era —admitió Mark Robbins. Precisando—: No obstante, creo conocer la suficiente a Michael Goldstone, presidente de la compañía que pretende la concesión, como para saber que el asesinato y la violencia no son su estilo.

Trevor Cooper se encogió de hombros con cierta elocuencia. Como si les dijera: «Ustedes no quieren colaborar por las razones que sea, ustedes tratan de evitar escándalo y publicidad creyendo que eso puede perjudicar la imagen de John Taylor; ustedes no acaban de creerme, porque les resulta mucho más cómodo aceptar que el senador murió accidentalmente a causa una bala perdida.» Y dijo en voz alta:

—En fin, veo que mi visita no ha sido lo productiva que yo esperaba, lo cual hubiese beneficiado a todos y ayudaría a desenmascarar al asesino ó asesinos del senador Taylor. Existe la evidencia de que él contrató los servicios de Gordon Bennet, detective privado de profesión, cosa que ustedes, sus más allegados y quienes gozaban de toda su confianza... parecen ignorar. Estamos frente a la certeza de que, por distintos motivos, podía haber, y de hecho la ha habido, gente interesada en la desaparición de John Taylor..., aunque ustedes se han esforzado por demostrarme que nadie podía querer ni tenía motivos para asesinarlo. Sólo me resta, entonces, agradecerles la atención de que me hayan recibido dadas las circunstancias y... dejarles mi tarjeta por si en un momento dado recuerdan algo, por insignificante que les parezca, que pueda ayudarme en mis investigaciones.

Hecha la exposición, el detective se puso en pie.

—¡Señor Cooper! —exclamó vivamente Alice, alzándose casi al unísono.

—¿Sí, señora?

—Cuanto usted ha dicho me ha sumido en la confusión. No quiero creer que sea verdad, que tenga razón en su hipótesis, pero... ¡cabe la posibilidad de que todo sea cierto! Y el hecho de pensar que John haya sido asesinado, ¡asesinado el día de la boda de nuestra hija!, me destroza. Siento una extraña impaciencia...

—Somos ya muchos los impacientes, y me refiero concretamente a este asunto: al que va desde la muerte de su marido hasta la de un borracho fotógrafo llamado Roy Kulik, pasando por la de mi compañero Bennet. Usted es la tercera mujer que me habla de impaciencia y yo, por mi parte, me siento metido en ese callejón. ¿Quería decirme algo más, señora Taylor?

Se mordió el labio inferior, engulló saliva con dificultad, ahogó

un nuevo sollozo y, tratando de aparentar una serenidad que su expresión de angustia, abatimiento y tristeza desmentían, dijo:

—Si es cierto que John fue asesinado y usted descubre a los autores de tan execrable acto... permítame ofrecerle un talón por importe de diez mil dólares.

—Cobro del cliente que me ha encomendado la investigación y no sería ético por mi parte...

—Se lo ruego, señor Cooper —insistió la hermosa y enlutada mujer.

—Acepte lo que ella le ofrece —se filtró Mark Robbins—, amigo. Porque yo pienso contribuir en la cifra de ese talón.

—¡Y yo le obsequiaré con una cantidad similar! —estalló Coburn. Agregando—: Porque si es cierto que John fue asesinado, todo el dinero del mundo me parece poco con tal de conseguir que esos canallas paguen su delito. Me gustaría poder decirle, Cooper, como se hacía en otros tiempos, tráigalos vivos o muertos, ¡pero tráigalos!

—No puede usted hacerse una idea de cómo queríamos todos a John —estalló al fin en copioso llanto la viuda, acudiendo a Robbins a consolarla cariñosa y afectuosamente.

Trevor se dijo que estaba allí por más, optando por una despedida correcta pero precipitada.

En la calle, el agente que se le interpusiera al llegar, le saludó con un movimiento de cabeza y una media sonrisa.

CAPITULO VI

Habían elegido un íntimo y coquetón restaurante de la 52 Oeste, donde se hablaba de especialidades italianas.

Kim estaba preciosa.

Había sustituido el vestido con que Trevor la conociera por otro, negro también, muy a la moda, ceñido, y con dos aberturas laterales que según la postura que adoptase, dejaban al descubierto una generosa porción de sus muslos prietos y bien formados.

Sentados al velador, él no pudo contenerse. Se lo dijo:

—Estás preciosa, muñeca.

Kim se puso encarnada. Ello incrementó su belleza favoreciendo al mismo tiempo la candidez de su expresión.

—Por favor... —musitó.

—No pretendo ser galante contigo, sino sincero.

—Lo sé, pero...

—¿Puedo decirte una cosa, Kim?

Ella, sin atreverse a levantar la mirada, murmuró:

—Dila.

—Eres la mujer que más me ha impresionado en mi vida. Te veo muy diferente a las demás mujeres que he conocido.

—¿Muchas? —se interesó ella, perdiendo un tanto su inicial timidez.

—Alguna. Pero eso no importa ahora.

—Eres lo que se llama un hombre corrido, ¿no? Experto en mujeres y acostumbrado a los éxitos fáciles con ellas, ¿verdad?

La llegada del camarero con los primeros platos y la bandeja del surtido de fiambres, fue providencial para Trevor como pocas veces solía serlo la presencia de un camarero que, por lo general, acostumbraban a interrumpir un «te quiero», o una apasionada y romántica declaración de amor.

—¿Les parece bien a los señores? —inquirió tras haber dispuesto el servicio.

—Perfecto —reconoció Cooper—, gracias.

Y cuando el solícito empleado se esfumó, le dijo a Kim dando un rápido giro a la conversación que fuera interrumpida:

—Mañana me voy a Detroit.

—¿Por...?

Trevor, acto seguido, la puso al corriente de todo lo sucedido —evitando detallar sus lindezas con Maggie— desde que abandonara el apartamento de ella.

—¿Por qué a Detroit? —insistió la hermosa Kim, tras el relato de Cooper.

—Varias razones parecen apuntar en esa dirección —respondió el detective entre bocado y bocado—. Bananas Matheson, que parece conocer al dedillo el hampa neoyorquina, asegura que la muerte de tu hermano y el atraco que sirvió de pantalla para asesinar a Taylor es obra de gente forastera. De otro lado, la oposición de John Taylor a los proyectos de la Trading-Goldstone Machines Incorporated, empresa ubicada en Detroit... Pienso que si Michael Goldstone es el instigador de todo este tinglado, lógico es también que haya contratado hombres de su zona, del hampa de su lugar de residencia. No es más que una hipótesis, pero factible. Lo mismo que acerté al suponer que lo de Taylor no era accidental, puedo estar en lo cierto ahora.

Kim clavó en las de Trevor sus enormes y rasgadas pupilas de color arco iris. Preguntó:

—¿Por qué asesinaron a mi hermano?

Cooper hizo un gesto ambiguo.

—Honradamente, no lo sé. Está claro que John Taylor le encomendó una investigación de índole eminentemente personal y privada como lo demuestra el hecho de que ni su esposa, ni su socio, ni su colega Robbins, tengan la menor idea de ese paso dado por el senador. También me parece claro que Gordon estaba en el buen camino y que dependía de unas fotos que sin lugar a dudas le había encomendado a Kulik. Todas las muertes están relacionadas, pero la clave...

—¿Cuál consideras que es la clave?

—El encargo que Taylor le hizo a tu hermano. Una vez sepamos eso habremos encontrado la salida al callejón de la impaciencia.

—Te ha contratado Piper, ¿verdad?

—Verdad —admitió Trevor.

—El maldito seguro de vida —comentó Kim, tomando un sorbito de vino.

—¿Cómo sabes eso?

—Soy mujer, ¿lo olvidas? Me gusta registrar de cuando en cuando. Vi la copia que de esa póliza guardaba Gordon en uno de los cajones de su escritorio. ¿Qué opinas de Piper?

—Una mujer muy preparada para la vida moderna —comentó Trevor—. Bastante sofisticada, convencional, egoísta si tú quieres, pero menos complicada de lo que ella misma se cree. No pasa de nada y está convencida que pasa de todo.

—¿Te gusta?

—Me gustas tú, Kim. Despiertas en mí unos sentimientos y un interés que ninguna muchacha había conseguido despertar antes.

—¿Es la táctica que sigues siempre para conseguir a una chica?

—Supongamos por un momento que estuviera jugando a

conseguirte. ¿Qué sucedería, Kim?

—¿Debo ser sincera? —preguntó la hermosa mujer de cabellos rubio cenicientos.

—Debes.

Inclinó la cabeza porque esta vez se puso más de color grana que las anteriores.

—Ganarías..., sí —susurró con un hilillo de voz. Y preguntó, acto seguido—: ¿Qué harás después de conseguirme?

—Asegurarme un documento que permita seguir consiguiéndote toda la vida.

Kim, engulló precipitadamente el pedazo de carne que acababa de masticar.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—¿Debo entenderlo como una proposición de matrimonio?

—Si la aceptas, así debes entenderla.

—¿No es todo muy precipitado, Trevor? Para amar, creo yo, se necesita tiempo, trato, comprensión mutua...

—Estás en un error, pequeña. El amor no es la consecuencia de un razonamiento metódico o de una ecuación matemática. O se ama desde el primer instante o no se ama nunca. La comprensión, el trato y todo lo demás, son factores secundarios. Lo verdaderamente importante es esa inicial atracción mutua que genera el amor.

Nada dijo ella ni tampoco nada añadió Trevor a lo dicho. Siguieron cenando en silencio, por espacio de varios minutos, hasta que les fue servido el postre. Entonces habló Kim:

—Creo que tienes razón, Trevor.

—¿En qué?

—En tu teoría sobre el amor.

—¿Qué te ha convencido de ello?

—Los sentimientos que experimento hacia ti —aseguró la muchacha, sin enrojecer ahora ni esconder sus ojos de los del hombre. Añadiendo—: Si tú estás en lo cierto, si el amor es espontáneo y se ama desde el primer instante... *estoy enamorada de ti*. No, no me importa confesártelo.

—¿Por qué iba a importarte?

—Temo llevarme una decepción.

—Nunca he ido tan lejos con una chica —aseguró él— y no lo hubiera ido contigo de no estar muy seguro de lo que siento. Si sólo sintiese por ti atracción física te lo hubiera dicho con toda claridad dejando que dependiera de tu decisión nuestras relaciones.

—Ya no importa eso, Trevor. Sé que voy a ser tuya pase lo que

pase.

Volvió el camarero.

—¿Tomarán café los señores?

Trevor, tras interrogar a Kim con la mirada, respondió:

—Sí. Y traiga un «Marie Brizard» para la señorita y un «Napoleón» caliente para mí.

—Al momento, señor.

La pareja volvió a quedar en silencio como si ambos meditaran y desmenuzasen cada una de las palabras que se habían cruzado en la conversación. Preguntó Trevor:

—¿Te arrepientes de algo que me hayas dicho?

Sonrió, moviendo la cabeza negativamente.

—En absoluto, amor. Soy consciente de cada una de las palabras que he pronunciado.

Quince minutos después salían del restaurante.

—¿Te apetece caminar, Kim?

—Sí, ¿por qué no?

Y se colgó del brazo de Trevor apretándose, mimosa, contra él. y haciéndole sentir con el contacto la morbidez y el tibio efluvio que se desprendía de su agreste naturaleza.

Cooper tomó por una callejuela débilmente iluminada y un tanto solitaria. Kim, de una forma instintiva, se arrebujó todavía más contra el hombre.

De súbito, ambos, se detuvieron en mitad de la desierta calzada, girando, deshaciendo la unión de sus cuerpos y mirándose con una expresividad mucho más elocuente que mil palabras. Puede que Trevor abriese los brazos o que Kim fuese a ellos antes de que él los separase..., Lo cierto es que la preciosa muchacha buscó el fornido tórax masculino, que Trevor le dio refugio en él y la estrechó con fuerza sintiendo que, al febril contacto de ambos, su corazón cabalgaba atropelladamente como si amenazara con saltar del pecho estallando en mil pedazos.

Los senos de ella parecían hurgar en el torso del hombre, sin intención, pero como una promesa. Si él bajó la cabeza ella tuvo que alzarla..., había que hacerlo así para que sus bocas se encontrasen con precisión y sus labios se unieran primero, se abriesen después, y el ósculo cobrase amplitud con la fusión de sus alientos y el caracoleo de las lenguas.

La pasión comenzaba a azotarles. El hálito huracanado del vendaval del deseo comenzaba a flagelarles. Sus mentes se iban vaciando para dejar que se concretase una sola idea. El beso se prolongaba en busca del estímulo necesario...

Debió ser el instinto. Porque más que verlo, Trevor lo intuyó. Intuyó la cercana presencia de aquel vehículo negro como la

noche que, con los faros apagados y como una sombra moviéndose sigilosamente entre la penumbra, avanzaba hacia ellos a velocidad lenta.

Su cabeza dio un giro seco. Entonces lo captó con claridad. Y en aquel instante rugió el motor del auto con motivo del brusco acelerón que su conductor acababa de proyectar sobre el pedal del gas.

La reacción de Trevor Cooper fue magnífica, fulminante, digna de ser aplaudida como la actuación estelar de un experto en artes circenses.

Voló por los aires llevando a la asombrada Kim en brazos cayendo contra la pared con su cuerpo protegiendo por completo el de la muchacha, justo en el momento que el coche alcanzaba su altura y el cañón de la metralleta que asomaba por una de las ventanillas delanteras, vomitaba una andanada de balas con su tétrico tableteo, con el significativo crepitar de la muerte.

El detective ya tenía su pistola en la diestra y sólo efectuó dos disparos. Dos. Uno tras otro perforaron el neumático trasero izquierdo del automóvil agresor que, perdiendo el control por parte de su conductor, salió de su carrera en zigzag, dio una vuelta casi completa y acabó por catapultarse contra el muro de un edificio en construcción.

—¡No te muevas de aquí, Kim! —exclamó Cooper al tiempo que recobraba la vertical.

Echó a correr con veloces y atléticas zancadas, arma en ristre, hacia el lugar de la colisión. Sin observar demasiadas precauciones metió el cañón de su pistola por la ventanilla de donde brotaran las ráfagas de metralleta. Quien la empuñaba, inmóvil, siniestramente inmóvil, lucía un hilillo de sangre cayendo de la comisura de los labios y otro regando desde la sien derecha.

Se fue al otro lado, a por el chófer, que presentaba contusiones, hematomas, sangre en la frente como consecuencia de la rotura del parabrisas y estaba ligeramente *groggy*.

Lo sacó violentamente del auto con las solapas de la chaqueta empuñadas con una mano y lo llevó hasta un rincón oscuro, encajonándolo, para despabilarlo con sonoras bofetadas propinadas al derecho y revés de la zurda.

—¡Te voy a patear, hijo de perra!

El tipo gimió algo ininteligible y abrió los amoratados ojos sin tener excesiva conciencia de lo que estaba sucediendo.

Cooper prosiguió con el duro castigo. Hasta que consiguió hacerle gorgotear:

—¡Basta..., basta, por favor! ¡No.... no me pegue... más!

El detective, mientras lo dominaba con la que hasta entonces sirviera para golpearlo, empleó la otra mano para registrarle en un periquete haciéndose con su billetera y una agenda de bolsillo.

—¿Cómo te llamas?

Kim, con precauciones, se había ido acercando.

—Keevin... —articuló—. Keevin McRoots.

—¿Quién te ha ordenado eliminarme?

Extendió el índice hacia el coche señalando a su compañero muerto.

—El..., él daba las... las órdenes.

—¿De quién las recibía?

Silencio.

Un nuevo trallazo en mitad de la boca y respuesta, con sangre incluida, al canto. Con este nombre:

—Roger... Roger Field.

—¿Dónde está ese canalla?

—En... Detroit.

Trevor estuvo a punto de lanzar un grito de alegría. Motivos, los tenía de sobra. Tras salvar su vida y la de Kim, acababa de confirmarse otra de sus suposiciones: DETROIT.

—Habéis venido de allí, ¿verdad?

—Sí...

—¿Cuántos?

Silencio, más que por no querer hablar por agotamiento y falta de aire en los pulmones, nuevo meneo del detective y Keevin «largando» con dificultad, pero con premura:

—Siete. Pantoliano... —volvió a señalar el «fiambre»—, yo, y cinco más.

—Para el atraco al banco, ¿no?

—Sí... —cabeceó el fulano, desmadejado como una marioneta sin hilos que le dieran vida. Y añadió—: Yo sólo conocía a Charles... Ellos han vuelto a Detroit.

—¿Quién mató al senador Taylor, al detective Bennet y al negro Kulik?

Hizo un esfuerzo, abrió la boca en busca de oxígeno que llevar a los pulmones y dijo:

—Todo eso..., esas muertes, fueron obra de él... —índice que te crió rumbo al muerto del coche—, de Charles Pantoliano. Es..., era un experto...: uno de los mejores tiradores. Le pagan mucho por...

—Le pagaban, puerco. Le pagaban por andar por el mundo asesinando a gente inocente. ¿Y tú...? Tú de observador, de agregado de embajada asesina, ¿eh?

—¡¡NOOOOOO!! —gritó de repente, como si se hubiese vuelto

loco—: ¡No me mate!

—No pienso hacerlo, hiena repugnante.

Pero lo que sí hizo fue sumirlo en la inconsciencia de un sonoro y estremecedor trallazo que hizo que Keevin McRoots se arrugase en el suelo como si sus articulaciones fuesen de goma.

—¡Kim! Coge las llaves del coche.

Obedeció ella no sin cierto instinto de repulsión al ver de cerca al individuo inmóvil, muerto, de rictus trágico, que había estado en un tris de asesinarlos.

—Ya las tengo, Trevor.

—Busca la del maletero y ábrelo.

Así lo hizo para que Cooper, tomando al tipo en volandas, lo metiera dentro del portaequipajes como si fuese un fardo, cerrando después y tirando seguidamente las llaves en la rejilla de una cloaca.

—¡Vámonos de aquí, pequeña! Ya me extraña que nadie haya asomado el morro o que no se escuche una sirena policial.

Minutos después estaban a bordo de un taxi rumbo al 418 de Lefferts Boulevard, donde se ubicaba el apartamento de la hermosa y asustada Kim que, por amor y miedo, estaba prácticamente metida dentro del cuerpo de Trevor.

CAPITULO VII

Kim había cambiado su vestido de calle por una bata larga, de las que se dicen de «estar por casa», que era un auténtico prodigio de tentación.

Y no porque se tratase de un tejido transparente de hechuras ajustadas, no. Todo lo contrario. Era tela opaca y no se ajustaba en absoluto a las rotundidades de su anatomía.

Precisamente por eso... porque dentro de la amplitud de aquella bata se adivinaban, se intuían, los recortes curvilíneos de su cuerpo sensacional, y además, se adivinaba la carencia de cualquier otra prenda.

—¿Te sirvo un whisky. Trevor? —preguntó la preciosa mujercita.

—Creo que lo necesito —confirmó él, que nada más entrar en el apartamento se había desplomado en una de las butacas del *living*.

Kim preparó la bebida y fue a sentarse junto a él. Consumieron ambos, lentamente, paladeándolo, el licor, mientras se miraban en silencio con infinita elocuencia.

—Te quiero, Kim —soltó él de repente.

—Mis sentimientos hacia ti te los he definido con toda sinceridad en el restaurante. Ignoro el cómo ni el porqué, pero estoy enamorada de ti.

—Y muy pálida también —apuró otro trago de whisky— cuando tu carita, por regla general, acostumbra tener pinceladas rojizas, máxime si hablamos de amor.

—Hablar de ello contigo ya ha dejado de causarme rubor. Trevor. Lo que sucede es que todavía no me he recuperado del susto. Hemos estado a punto de morir.

—Lo sé, pequeña. Yo también lo he pasado mal... y cree que estoy de veras preocupado. Pero mí preocupación no se gesta solamente en el hecho del riesgo que hemos corrido, sino porque me hace pensar en algo que no acabo de ver claro. Esos tipos iban a por mí y eso demuestra que ando por el buen camino...

—¿Detroit?

—Puede...

—¿Qué es exactamente lo que te preocupa?

—La sensación de que he estado muy cerca de la persona que mueve los hilos de este tinglado y no he sabido intuirlo ni reconocerla. Por eso ha dispuesto que me eliminaran.

—Pero no has ido a Detroit...

—Eso es precisamente lo que me confunde y preocupa. Si pienso que allí está la salida a este callejón de impaciencia y crímenes y se ha decretado mi muerte sin que me haya dejado ver por allí,

algo se me escapa, algún punto de mí hipótesis no se ajusta a la realidad de los hechos.

Kim bebió otro sorbo y dijo:

—Quiero ir contigo a Detroit.

Trevor, sin mostrar extrañeza, preguntó:

—¿Por qué?

—Tengo miedo a quedarme sola.

—De acuerdo, vendrás conmigo. ¿Sabes manejar una pistola?

—Fue de las primeras cosas que me enseñó Gordon. Incluso iba a hacer prácticas de tiro con él.

—Perfecto —dijo Trevor, apurando el resto de su vaso y alzándose de la butaca. Preguntó de súbito—: ¿Andas bien de prácticas amorosas?

—No soy una experta, pero haré lo que pueda —y también se levantó de su asiento.

Se fundieron en un abrazo que dio paso a un interminable beso.

La bata de estar por casa se había entreabierto. Trevor, con suavidad, dejó que sus manos acariciasen los pétalos encendidos que bajo la tersa garganta de Kim explotaban hacia adelante con toda la vital pujanza de su juventud.

Ella, sólo suspiró.

Tenían el dormitorio demasiado cerca y, aunque hubiese estado lejos la tentación y el deseo les hubiera precipitado hacía él.

Al día siguiente podían morir, sí. Pero aquella noche se amaron intensamente, también.

CAPITULO VIII

La ciudad más importante del estado de Michigan y capital del mismo durante muchos años —ahora lo era Lansing—, les había recibido con un sol estival e impresionante, tan impresionante y acogedora como la sonrisa con que les acababa de obsequiar la recepcionista de dirección de la Trading-Goldstone Machines Incorporated.

No obstante, puntualizó:

—Veo muy difícil que el señor Goldstone pueda recibirle, señor Cooper. Normalmente hay que solicitar día y hora con la debida antelación.

—Pues no he viajado desde Nueva York hasta aquí para volverme con una negativa en las costillas. Haga lo imposible, señorita. Deje al menos que hable con él por teléfono, ya que el motivo de mi visita es verdaderamente importante.

—Esa última posibilidad la veo más factible. Pese a que está reunido con varios jefazos y ejecutivos voy a intentar interrumpirle. Me estoy jugando el empleo, señor Cooper. ¿Lo sabe?

—¡Por Dios, linda! No vaya a dejar que eso la preocupe. Con su belleza, amabilidad y simpatía, se la van a disputar todas las empresas de Detroit y ciudades adyacentes.

—Es usted muy gentil.

—Desde pequeño. Cualquier señorita y máxime usted, se merece los mayores elogios. ¿Intentará conectar con el señor Goldstone?

—Ahora mismo.

—Es un verdadero ángel, ¿señorita...?

Kim puso fin a las lindezas verbales de Trevor con la recepcionista pellizcando al detective, con fuerza, en un brazo y susurrándole al oído con voz tenue, pero autoritaria:

—Te estás pasando con tanto caramelo y tanta zalamería absurda. Si se queda sin empleo que la zurzan, y si no que se vaya al cielo. ¿No has dicho que es un ángel?

Y la otra respondía al mismo tiempo:

—Shatner... Marina Shatner.

—¿Celosa? —la pregunta de Trevor, en voz queda también y ladeando la áurea testa, iba dirigida a Kim.

—¡Sí! Y ya vale, ¿eh?

La tal Marina que había captado el murmullo, inquirió:

—¿Decían algo?

—¡Oh. no. nada! —exclamó el detective. Añadiendo—. Mi novia, la señorita Kim, me estaba alabando su diligencia y atención.

—Muchas gracias, señorita Kim —le sonrió a la otra la recepcionista.

Y acto seguido empezó a manipular clavijas de la centralita telefónica hasta que se le oyó decir:

—¿Está el señor Goldstone? —una pausa de silencio—. Por favor, que tenga la bondad de ponerse al aparato... es urgente —un nuevo compás de espera—. ¿Señor Goldstone? Mire, aquí en recepción, hay un caballero recién llegado de Nueva York que dice tener un asunto muy importante que tratar con usted. ¿Cómo...? Sí, señor Goldstone. Se lo paso ahora mismo.

Y le tendió el auricular al detective. Este, recogiénolo, inquirió al instante:

—¿Señor Goldstone?

—Sí... ¿Con quién hablo?

—Trevor Cooper, de Nueva York, investigador privado.

—¿Qué desea de mí?

—Que cambiemos impresiones unos minutos.

—¿Sobre qué asunto, señor Cooper?

Trevor hizo una breve e intencionada pausa antes de decir con cierta solemnidad:

—Sobre la muerte del senador John Taylor.

No pareció causarle al otro la impresión que Trevor había supuesto en principio.

—¿Qué tengo yo que ver en ese asunto?

—Nada... o quizá mucho, señor Goldstone. Lo único que puedo garantizarle es que si no me concede esos minutos y contesta a unas preguntas, puede verse involucrado en un asesinato. Porque el señor Taylor no murió accidentalmente. Fue asesinado por un tipo llamado Charles Pantoliano, procedente de Detroit, obedeciendo órdenes de un tal Roger Field... He venido a Detroit para averiguar de quién las recibió el amigo Field y creo que usted puede y debe ayudarme. ¿Va a recibirme, señor Goldstone?

—Dígale a la señorita Shatner que coja al aparato. Es para darle instrucciones.

—*Okay* —y le devolvió el microauricular a Marina.

—¿Sí, señor Goldstone?

—Haga que un ordenanza acompañe a ese detective hasta la salita vecina a la de juntas. Lo recibiré en cinco minutos.

Tras cortar la comunicación, la bella recepcionista, con una sonrisa que no gustó lo más mínimo a Kim Bennet, le dijo a Trevor:

—Ha tenido usted mucha suerte, señor Cooper.

—Gracias a sus buenos oficios, Marina.

Kim le arreó otro monumental pellizco que obligó al detective a

morderse el labio inferior para no soltar un quejido.

Llegó el ordenanza que les acompañó a una salita de la tercera planta, donde debían reunirse los directivos a pormenorizar antes de entrar en la de juntas y discutir seriamente las cuestiones de la empresa. Al menos, eso podía deducirse de la mesa ovoidal, no muy larga, que ocupaba el centro de la estancia.

Kim y Trevor eligieron dos sillas vecinas. Dijo la mujer:

—Ya arreglaremos cuentas, Rodolfo Valentino.

—No sabía que fueses tan celosilla. ¡Tonta! ¿Es que no entiendes que hay que andar por el mundo con mucha mano izquierda? Si no la hubiese tratado con afabilidad, quizá no estaríamos ahora esperando la llegada de Goldstone.

—¡Mano izquierda, ya! Sólo te ha faltado proponerle que os acostarais juntos.

—¡Kim!

En aquel momento se abrió la puerta de la estancia.

Entró un hombre alto, elegantemente vestido, de porte y maneras señoriales que debía contar unos cincuenta años de edad. Tenía el cabello grisáceo, los aladares plateados y, su aspecto en general, inspiraba admiración y respeto.

Trevor se puso en pie sin descomponerse lo más mínimo. Le tendió la diestra —que el otro recogió para estrecharla— y dijo:

—Lamento enormemente haberle molestado, señor Goldstone. Me consta que son muchas sus ocupaciones pero... ¡Ah!, le presento a Kim Bennet, mi prometida y ayudante.

Michael Goldstone se inclinó galantemente frente a la hermosa mujer de ojos irisados. Musitó, con exquisita corrección:

—A sus pies, señorita. Pero, por favor, siéntense.

Eso hicieron. Kim y Trevor al lado. Goldstone enfrente de ambos.

—¿Vamos al grano, Cooper? ¿Qué me decía acerca de que el senador Taylor ha sido asesinado?

Trevor hizo un rápido resumen de los hechos. Preguntando a renglón seguido:

—¿Conoce a Roger Field?

—¡Por supuesto! ¿Y quién no, en Detroit? Pero antes... — Goldstone se mesó los grisáceos cabellos con gesto digno— deje que le aclare una cosa, detective: no me eché a llorar al enterarme de la muerte de John Taylor, pero sí es cierto que lo lamenté. Durante una temporada estuve tentado de estrangularle con mis propias manos por su tozudez y obstinación. Su negativa a que el Gobierno le concediera a mi empresa la exclusiva de fabricación de los cazas reactores se debía única y exclusivamente al hecho de que mi esposa es yugoslava y mis suegros eran rusos. En cierta

ocasión y debido a un tremendo error de un funcionario federal, se me cargó el sambenito de estar efectuando espionaje industrial a favor de la Unión Soviética. Meses después se aclaró la cosa para todos, menos, al parecer, para Taylor. Su tesitura arrastró a Robbins e hizo vacilar a otros miembros del Senado. Me estaba perjudicando ostensiblemente, si. Pero de eso a recurrir a un hampón como Roger Field para ordenar la ejecución de John Taylor va un abismo de diferencia, Cooper. Esta es la realidad. Está en su perfecto derecho de creermelo o dejar de hacerlo.

—Con los debidos respetos me reservo mi opinión, señor Goldstone. Convendrá conmigo en que el hecho de que los hilos de esta trama se hayan manejado desde Detroit le favorece muy poco, ¿no?

—Puede que tenga razón. Pero mi conciencia está tranquila y eso es fundamental para mí. En mi posición, amigo Cooper, y se lo digo también con los debidos respetos, hay que estar muy por encima de ciertas opiniones, incluida en este caso la suya.

—¿Qué iba a decirme de Roger Field?

—Ya se lo he apuntado. Un hampón... de guante blanco desde luego, pero hampón al fin y a la postre. Hasta los niños lo saben y, ¿cómo no? también la policía. Está involucrado en la mayor parte de actividades ilegales y criminales que se producen en la ciudad pero nadie, hasta hoy, ha podido probar nada. Está bien relacionado. Sus contactos con la «familia»...

—¿La mafia?

—Sí. Sus contactos con ella, decía, le han salvado más de un golpe. Si pretende llegar hasta él. le prevengo que además de difícil puede costarle la vida.

—Digo yo que debe ser vulnerable por algún lado, ¿no? —apuntó el detective—. Todos tenemos nuestro talón de Aquiles.

Michael Goldstone, en actitud meditativa, se pellizcó la barbilla al tiempo que se mordía el labio inferior. Dijo, al fin:

—Puede que tenga usted razón. Cooper. El punto vulnerable de Field se llama Elizabeth Corbucci.

—¿Novia, esposa...?

—Su amante. Una italoamericana a la que Roger trata de hacer triunfar en el cine.

—¡Vaya! —exclamó Trevor—. En eso sí que tengo yo experiencia.

—¿Cómo dice?

—Nada. Ha sido un pensamiento en voz alta. ¿Vive en Detroit la tal Elizabeth?

—Sí. por supuesto. Pero Field la debe tener bien custodiada. Si piensa atacar a Roger por ese flanco observe las debidas precauciones, Cooper. Las máximas, tratándose de un tipo como

Field, siempre serán pocas. Yo estoy a su disposición para lo que necesite..., aunque siga siendo un sospechoso en su lista. Le repito que se guarde bien de Roger Field. Y ahora —se puso en pie—, si ustedes me disculpan..., he tenido que interrumpir una reunión para recibirles.

Trevor Cooper se alzó al mismo tiempo de su asiento.

—Comprendo, señor Goldstone. Y le agradezco su amabilidad al habernos dedicado unos minutos de su valioso tiempo.

Se estrecharon las manos. Goldstone volvió a inclinarse ante Kim. Anunció:

—El ordenanza les acompañará hasta la salida. Buenos días.

Y salió de la estancia. Kim preguntó a Trevor:

—¿Qué opinas?

—No lo sé, pequeña. Parece estar muy seguro de sí mismo, de todo cuanto dice. O ha sido tremendamente sincero o es un canalla de primera línea. Tenemos que saberlo a través de Roger Field.

—Ya has oído lo que ha dicho, ¿no?

—Sí. Pero tú vas a representar un papel importantísimo para llegar hasta ese hampón a través de la futura promesa del séptimo arte. Escúchame atentamente...

Estaba Cooper terminando de darle las instrucciones de su plan a Kim cuando apareció el ordenanza en la salita.

—¿Me acompañan, por favor?

Fueron tras él.

CAPITULO IX

Un tipo de andares y maneras simiescas, cara de bulldog y todas las características restantes de asesino a sueldo, se interpuso en su camino abordándola sin demasiada exquisitez: —¿Puede saberse adónde vas, preciosa?

Kim se encaró con él y extendió la diestra en ademán de apartarlo de encima de ella. Repuso:

—Al apartamento de la señorita Corbucci.

—Para eso se necesita un permiso especial del señor Field. Vuelve cuando lo tengas, querida.

—A Elizabeth no va a gustarle nada lo que estás haciendo, muchacho —anunció Kim. con una soltura y desparpajo dignas de todo encomio. Agregando—: Soy la secretaria particular del productor cinematográfico Samuel Lomnicki quien ha seleccionado a la señorita Corbucci para un importante papel en la película *Y Afrodita se hizo mujer*. Vengo para que Elizabeth firme el contrato de prueba si está conforme con las condiciones económicas. El señor Lomnicki no tardará en llegar y esperará que yo lo haya solucionado todo ya... Si Elizabeth pierde esta oportunidad por tu obstinación, te garantizo que le dirá a tu jefe que te convierta en picadillo. ¿Por qué no la consultas antes de buscarte un lío gordo?

El fulano, que se lo había gastado todo en musculatura, fealdad y mala leche, pero que de materia gris tenía la cantidad mínima que se requería para hablar con dificultad, estaba confundido. Hecho un lío. Tras unos segundos de vacilación, dijo:

—Bueno..., esto, puede que tengas razón. Espera aquí. Voy a hablar con la señorita.

Se alejó pasillo adelante para regresar instantes después, diciendo:

—Por favor, sígame... —ahora la trataba de usted—, señorita Lombriciki.

—Es Lomnicki, patán —dijo Kim con impresionante valentía. Añadiendo—: Y yo no me llamo así, sólo soy su secretaria.

—Pues sígame, secretaria del señor Lomnicki.

—Ten presente que él no tardará en llegar, gorila —siguió Kim en su papel de mujer bragada—. Procura recibirlo con la máxima atención porque es un hombre importantísimo.

—Lo que usted diga, señorita secretaria.

—¡Oh, querida, te ves fabulosa! —fue la exclamación de la mujer que acababa de aparecer por la puerta entreabierta del apartamento, en salto de cama, medio desnuda, pintada como una máscara en carnaval brasileño y haciendo ostentación de sus glándulas pectorales, voluptuosas y excesivas, convencida de que

unos senos monumentales era imprescindibles para triunfar en Hollywood. Agregó—: ¡Un abrazo, querida, un abrazo! Deja que te bese.

Tuvo que dejarse y comprobar queapestaba a pintura, cremas faciales, tintes y perfume penetrante que casi mareaba.

—Pasa, por favor, pasa. ¿Cómo te llamas?

—Kim...

—¡Oh, Kim, igual que la Novak! Qué nombre tan bonito y original. Pero siéntate, siéntate...

Elizabeth Corbucci si no se hubiese empeñado en ponerse tantos potingues y tanta porquería por la cara, hubiera resultado una mujer más que aceptable. No era fea y sus formas, aunque exhaustivas, podían resultar apetecibles para más de un hombre, entre ellos, a su principal usuario y consumidor: Roger Field. Era la mujer ideal para emparejar con un gángster. Su rubio platino descarado, sus larguísimas pestañas postizas, sus labios gruesos y atiborrados de carmín...

—Dime, Kim, dime..., ¿cómo habéis pensado en mí?

—Exactamente no lo sé. Es una gestión que Samuel Lomnicki ha llevado en el más absoluto secreto. Yo, que comparto todos sus secretos, no me enteré hasta ayer. Se ve que alguien le ha hablado muy bien de ti.

—Habrá sido Roger —dijo la Corbucci, cruzando una pierna sobre otra, luciendo sus prietos y generosos muslos.

—Lo dudo, muñeca. Sam no ha oído hablar nunca de ese caballero. Es tu protector, ¿verdad?

Se encogió de hombros, displicente.

—Algo por el estilo. Un tipo muy pesado que sólo piensa en el sexo. Un auténtico obseso..., pero lo hago ir de coronilla.

—¡Ah! —exclamó Kim—. A propósito. Deberías telefonearle para que esté aquí al firmar el contrato. Será mejor que él lo vea también para evitamos problemas.

En aquel momento sonó el timbre del apartamento.

—Debe ser el señor Lomnicki... —comentó Kim.

—¡Huy, ábrele, ábrele en seguida! Un hombre tan importante no puede esperar —se puso casi histérica la rubia platino.

La propia Kim le franqueó la entrada no sin que antes el gorila le hiciera poco menos que una reverencia al que suponía productor cinematográfico Y se ofreció:

—Si necesitan algo, no tienen más que ordenármelo. Me llamo Alfred... Alfred Durea, a su disposición.

El falso Lomnicki ni le prestó tan siquiera atención muy en su papel de hombre importante.

—¡Hola. Sam! ¿Has tenido buen viaje?

—Regular. ¿Está todo preparado?

—Bueno..., la señorita Corbucci está dispuesta...

—¡Señor Lomnicki! —exclamó en aquel instante la que ya se suponía como nueva Marilyn Monroe de Beverly Hills—, ¡No sé cómo expresarle con palabras...! ¡Ha sido todo tan repentino, tan inesperado! ¡Es maravilloso, maravilloso...! Supongo que voy a ser la *starring* del filme, ¿verdad?

—Todo depende de las primeras pruebas de declamación y fotogenia, señorita Corbucci.

—¡Oh, señor Lomnicki! Eso no será obstáculo. Llevo años preparándome para... ¡Había soñado tantas veces con este momento! ¿Quiere que le haga una breve demostración?

—No es necesario por ahora —dijo el supuesto productor cinematográfico, avanzando hacia la sala del fondo con la familiaridad propia de quien está acostumbrado a ser recibido con todos los honores.

—Hay un pequeño problema. Sam —advirtió Kim, que lo estaba haciendo de maravilla, como si en realidad fuera ella la llamada a viajar a Hollywood.

—¿Y es...?

—Elizabeth depende de un tal Roger Field...

—¡Oh, no, no, nada de eso! ¡Estás en un error, Kim! No haga caso, señor Lom... ¿Lom qué?

—Lomnicki.

—Pues no haga caso porque Kim me ha interpretado erróneamente —se desesperó la histérica rubia platino alarmada ante la posibilidad de que Roger Field, a última hora, pudiera convertirse en un obstáculo entre ella y aquel maravilloso contrato que ya saboreaba, que ya rozaba con la yema de sus dedos. ¡Si por culpa de Field no iba a Hollywood, era capaz de cortarle el cuello cuando estuviesen haciendo el amor! Tras esos veloces pensamientos dijo, en voz alta, dirigiéndose al productor —: Roger... ha sido para mí como un..., ¡como un padre, eso! Me ha protegido para que en una ciudad como ésta y dadas mis cualidades artísticas nadie tratara de... ¿Entiende, señor Lomnicki?

—Perfectamente. Por eso prefiero y le sugiero que lo llame inmediatamente... —consultó Trevor el reloj de pulsera con fingida impaciencia, con el nerviosismo característico de quien tiene muchas cosas, e importantes, que hacer—. porque dispongo de poco tiempo. Si él ha sido como un padre para usted, justo es que lea el contrato antes de que usted lo firme y otorgue su conformidad. De lo contrario y sintiéndolo mucho...

—¡Oh, no, por favor! Haré lo que usted dice. Después de haber

efectuado un viaje tan largo no puedo permitir...

—Pues dése prisa, señorita Corbucci. A las cinco de la tarde debo estar en Nueva Orleáns.

—¡Ahora mismo, ahora mismo! —y se precipitó hacia el teléfono, colgándose con evidente nerviosismo del auricular.

* * *

Kim fue la encargada de abrir la puerta cuando sonó el zumbador.

—Soy la secretaria de Samuel Lomnicki —se presentó al tipo chabacanamente elegante, con aires de George Raft, pero con mucha menos clase que el inolvidable «duro» del cine que tantas y tantas veces encarnara papeles de *boss* en los filmes policíacos, que vestía terno gris y sombrero del mismo color a lo Frank Nitti de los felices años treinta y lucía un monumental puro en la boca. Añadió la preciosa mujercita en la que el fulano ya se estaba fijando de por más—: Usted debe ser el señor Field, ¿verdad?

—Para servirla, señorita Usted si que tiene toda la clase y señorío de una diva del séptimo arte —se lució el hampón en su grandilocuente parlamento—. ¿Y Elizabeth?

—Está en la habitación con el señor Lomnicki. Como comprenderá, es cosa profesional, ha tenido que verla desnuda. En varias secuencias de la película, la señorita Corbucci ha de salir completamente..., y es necesario comprobar si da la talla. Pero, pase, pase, le estábamos esperando para la firma del contrato. Es un acto protocolario al que usted debe asistir, digamos como *manager* de Elizabeth.

Roger Field ya estaba camino de la habitación. Entró en ella y se llevó una monumental sorpresa. Porque Elizabeth estaba amordazada y fuertemente amarrada a la cama, mientras que el supuesto productor cinematográfico jugaba cerca del maquillado rostro femenino con una cuchilla de afeitar que, de cuando en cuando, se pasaba por encima de la palma como poniendo su acerado filo bien a punto.

El hampón se revolvió en busca de la mujer que lo había recibido y se llevó otra sorpresa. Kim Bennet, con ambas manos, empuñaba un revólver calibre 38. Y lo hacía con la firmeza inequívoca y la seguridad de quien sabe utilizarlo.

—¡Pero...! ¿Qué diablos significa esto? —farfulló Roger, colérico y congestionado.

—Yo te lo voy a contar, Al Capone de baratillo. ¿De qué *comic*

has salido tú con esa pinta de pistolero a lo Chicago 1930? —dijo primero y se burló después el detective. Agregando, antes que el otro tuviese tiempo de recobrarse—: Dispongo de pocos minutos que dedicarte, basura con sombrero gris. Así que, si de veras te interesa esta preciosidad y no quieres que con la cuchilla le deje la cara como el mapamundi, disponte a colaborar sin vacilaciones. ¿De acuerdo?

—¡Tú...! ¡Tú estás loco!

—Es posible. Me llamo Trevor Cooper y me he escapado de un sanatorio psiquiátrico. Por el camino me he tropezado con Keevin McRoots y Charles Pantoliano. ¿Te suenan, mastuerzo, te suenan esos nombres? Ellos dicen que tú los enviaste a Nueva York junto con cinco tipos más para fingir un asalto a un Banco, cargarse al senador John Taylor, a un detective llamado Gordon Bennet...

—Que era mi hermano —apuntó Kim a espaldas del gánsgrter.

—...Un fotógrafo borrachín de nombre Roy Kulik y, por último, recibieron instrucciones para «cepillarme» a mí. ¿Por cuenta de quién has movido a tus pistoleros en todo este jaleo, Field?

Impertérrito, dijo:

—No sé de qué me estás hablando.

—¿No, eh? —y sin más le hizo un suave corte en el rostro a Elizabeth que contrajo las pupilas más por miedo que por dolor y que si no lanzó un histérico grito fue por impedírsele la mordaza. Después Trevor le dijo a Kim—: No dejes de apuntarle y si hace algo que no te gusta, ¡lo fríes!

El detective se fue a por el gánsgrter y le estrelló la diestra, cerrada, en mitad de la cara, proyectándolo contra la pared de la habitación donde rebotó como una pelota de goma sangrando copiosamente por la boca. Eso no amainó la agresividad de Trevor que le sacudió un punterazo en la boca del estómago obligando al de la chabacana indumentaria gris a contraerse como un ciempiés.

—Cuando yo te deje. Roger Field..., si es que de dejo vivo, tendrás que enseñarle a tu madre la tarjeta de identidad para que te reconozca. ¿Para quién has trabajado? ¿De dónde partieron las órdenes para montar todo este tinglado?

La sangre le ahogaba impidiéndole hablar. Cooper no quiso tenerlo en cuenta y le administró otra dosis completamente de «leña».

—¿Te apetece más?

Con dificultad alzó una mano pidiendo tregua. Sólo le faltaba la bandera blanca.

—Me estoy impacientando —insistió el detective.

—No..., no conozco a la persona... —articuló el hampón con

evidente dificultad para hablar— ni jamás... había oído hablar de ella.

—Cuéntame otra historia. Roger, porque te voy a patear.

—¡Es la verdad, te lo juro! Recibí una carta mecanografiada, sin remite, en la que se detallaban las instrucciones. Luego... me mandaron un giro de cincuenta mil dólares...

—Que forzosamente tenía que llevar el nombre del remitente. ¿o no, pedazo de alacrán?

—Sí, sí... El nombre que figuraba era el de una tal Magali Caine. Después, cuando el «trabajo» estuvo hecho, recibí otro giro por el mismo importe y, telefónicamente, ayer por la tarde, la orden de que mis hombres eliminasen a un tipo llamado Trevor Cooper, detective... que eres tú. ¡Esa es toda la verdad! ¡Te lo juro por mi madre!

—Será por tu víbora, cerdo. Una mujer no puede parir un tipo como tú. ¿Has tenido alguna vez contactos con Michael Goldstone?

Desmadejado en tierra como estaba negó con la cabeza.

—No. Jamás. ¡Palabra que no!

—Más te valdrá haber dicho la verdad, pedazo de hiena. ¡Ponte en pie y de cara a la pared!

Obedeció, no sin bastantes dificultades. Kim, impasible, seguía encañonándole.

Trevor aprovechó la postura que le había ordenado adoptar para inmovilizarlo fuertemente sirviéndose del cordón de los cortinajes que cubrían el ventanal del dormitorio. Después le dijo a la preciosa Kim:

—Telefonea a la policía y dales esta dirección. Sin más, cuelga. Eso hizo la rubia de ojos irisados. Luego preguntó:

—¿Y ahora?

—Vamos a largarnos rápidamente en cuanto el amigo Field nos diga las señas que acompañaban el nombre de Magali Caine. ¿Cuáles eran, cerdo?

El *gánsgrter* se mordió su sangrante labio. Dijo:

—Sí, si mal no recuerdo...

—¡Procura recordar bien o te muelo a puntapiés! —y se le acercó amenazador el detective.

—¡Espera, espera...! 1.110 de University Avenue.

—Deseo por tu bien que ésa sea la dirección, puerco. Porque si vuelvo a Detroit, no será para dejarte vivo como esta vez. ¡Vámonos, Kim! La bofia no tardará en llegar.

Fuera, meneando la cola como un perrito fiel, se les acercó el simiesco Alfred Durea. Trevor le soltó, autoritario, sin la menor vacilación:

—Roger ha ordenado que nos acompañes al aeropuerto. ¡Venga, muévete!

—En seguida, señor Lombriciki...

—¡Lomnicki, estúpido! —le increpó Cooper.

Y la mole agachó las orejas como el perro que era a la hora de ser reprendido.

CAPITULO X

Estaban en el apartamento de Kim.

Besándose en la boca con largueza.

Después de la efusión dijo ella:

—La verdad, Trevor, que aún no sé exactamente si hemos conseguido algo positivo.

—Tendrías que comprender que sí, pequeña. Un hombre y una dirección, ¿te parece poco?

—¿Quién es Magali Caine?

—Alguien que no se llama así pero que se hace llamar así.

—¿Piper acaso...?

Trevor se encogió de hombros.

—Es una posibilidad remota. Si ella deseaba matar a Gordon no tenía por qué montar el numerito del asesinato del senador, contratarme luego a mí para que probase su inocencia, corriendo el riesgo de que descubriera la verdad, para quedarse sin el cuarto de millón. Descartada. Y descartado también Michael Goldstone.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque precisamente todas las pistas apuntaban a él. Gente de Detroit para ejecutar la parte sucia del asunto, el enfrentamiento Goldstone-Taylor por la negativa de este último acerca de que le fuera concedida a la empresa la exclusiva de fabricación de esos aviones... demasiado claro para ser cierto. Además, Michael Goldstone me pareció un tipo muy seguro de sí mismo y también sincero.

—¿Entonces?

—A Taylor se lo cargaron por un motivo más trivial y sencillo, pero estructurando la operación de manera que, dada su calidad de senador, todo hiciese suponer que habían intereses políticos de por medio. A tu hermano porque debió seguir una pista correcta en las investigaciones que le encomendó Taylor, a Kulik porque debía disponer de unas fotos comprometedoras que tu hermano le había encargado obtener, y a mí intentaron asesinarme para que no averiguase el porqué de todo este tinglado. Tenemos que averiguar quién es esa Magali Caine, para lo cual, tendremos que turnarnos en la vigilancia de la dirección...

En aquel momento alguien hizo sonar el timbre de la puerta. Kim acudió con presteza pero Trevor la detuvo.

—¡Quieta! Voy yo... —y extrajo el arma de la funda sobaquera. Ya junto a la puerta, inquirió—: ¿Quién es?

Al otro lado de la hoja una voz seca, masculina, respondió:

—El cartero. Traigo un paquete certificado para la señorita Kim Bennet.

Cooper, con precauciones y procurando que no se advirtiese la pistola, abrió la puerta.

Efectivamente, era el cartero.

—La señorita tiene que firmar aquí —mostraba el libro registro.

—¡Ven, Kim! —la llamó el detective.

Cumplidos los requisitos el funcionario de correos le entregó el paquetito a la muchacha. Trevor se lo arrebató prácticamente de las manos para hacerlo girar entre los dedos de su diestra buscando las señas del remitente. Y exclamó:

—¡Por todos los diablos! Esto..., ¡esto es un mensaje póstumo de Roy Kulik!

—¿Kulik? —se extrañó la chica—. ¿Qué puede mandarme a mí?

—Ahora mismo vamos a saberlo —respondió Trevor, mientras, con evidente nerviosismo, deshacía el envoltorio.

Había un sobre de los que solían emplear los fotógrafos para introducir las fotografías a la hora de entregarlas al cliente. Dentro de él. 36 fotografías. Un carrete completo. Trevor Cooper desorbitó los ojos con sólo contemplar las tres primeras.

—¡Cielo santo! —exclamó—. Parece.... ¡parece imposible!

Kim, tuvo que ladearse para observar las fotos que el detective movía entre sus dedos. Eran instantáneas de tono muy subido entre un hombre y una mujer, para ella desconocidos, en plena entrega sexual.

—¿Quiénes son. Trevor?

—Ella, la supuesta Magali Caine. Roy Kulik fue más listo de lo que esta pareja supusieron. Seguro que intentó chantajearlos, pero después de revelar el negativo y enviar este juego de fotos por correo. Lo mataron arrebatándole los clichés sin sospechar que ya existían estos retratos. Prepárame un whisky que voy a brindar por el borracho de Kulik.

—¿Si no hubieses estado tú de por medio, qué hubiera hecho yo con las fotos?

—Lo lógico y lo que Roy esperaba que hicieses: llevarles a la policía. Kim, ¡venga ese whisky!

Ella se lo sirvió y él lo apuró de un trago.

—¿Y ahora? —preguntó, clavando sus luminosas pupilas irisadas en las del detective, que le brillaban y bailaban de alegría.

—Tenemos que hacer un par de breves, rápidas y escuetas llamadas. Tú a él, haciéndote pasar por ella —señalaba a los protagonistas de las lujuriosas escenas—. y yo, a la inversa. Un pañuelo encima del micro del teléfono, voz angustiada que se pueda confundir con facilidad, nerviosismo... Simplemente: «Necesito verte de inmediato. Te espero dentro de una hora en el

apartamento.»

—¿Qué apartamento? —inquirió Kim.

—Ambos saben cuál es y nosotros también, pequeña: 1.110 de University Avenue.

—Parece que para ti está todo hecho, todo claro —apuntó ella.

—Después de observar el postrer regalo de Kulik, más que claro, diáfano. ¡Ah, también debo telefonar a Piper! Podrá cobrar el cuarto de millón sin ningún impedimento y yo los veinticinco mil prometidos.

—Y yo te acompañaré cuando vayas a cobrarlos porque sé muy bien de las habilidades y artimañas de esa zorra con los hombres. Embobó a Gordon y no quiero correr riesgos contigo.

—¿Tan poca confianza me tienes?

Kim soltó una risita cáustica.

—En ese terreno..., ¡ninguna!

—¿Dispuesta a hacer la llamada?

—Dispuesta, jefe.

—Tráeme entonces el listín telefónico. El alfabético, primero y segundo tomo.

—Si llego a casarme contigo, ¿serás siempre tan mandón?

—¡Mucho más, preciosa! Te mandaré que estés dos semanas sin moverte de la cama conmigo.

—Eres un obseso sexual.

—Tratándose de ti, un auténtico paranoico. Cada segundo que pasa te deseo más y más —estaba tan embobada escuchándole que él exclamó—: ¡Kim! ¿Vienen o no esos listines?

—¡Vienen, vienen, impaciente! Con razón bautizaste este lío sangriento con el nombre de callejón de la impaciencia. Tú eres el primero...

—¡Esos listines, prenda! Estamos perdiendo un tiempo precioso. Vinieron al fin. Y Trevor seleccionó un número entresacado de las páginas de cada volumen, indicándole a Kim el que ella debía discar y el nombre por el que tenía que preguntar.

Lo hizo de maravilla.

Cooper tampoco estuvo mal.

Después dijo él:

—¡Andando, muñeca! Tenemos que llegar antes que ellos.

CAPITULO XI

Ella estaba sentada en una butaca tapizada en rojo, cruzadas sus magníficas piernas cuyos muslos quedaban en evidencia con generosidad, empuñando con la firmeza que le era característica el revólver del 38 que le regalara su hermano Gordon.

El hombre que acababa de asomar al *living* procedente del pasillo se quedó estupefacto, boquiabierto.

—¡Eh...! ¿Quién es usted? ¿Cómo ha entrado aquí?

—Hice un curso por correspondencia para abrir cerraduras ajenas y me dieron matrícula. Tranquilo, caballero. Tome asiento ya que está usted en su casa..., ¿le parece?

—Creo que se confunde, señorita.

—En absoluto. Y le he dicho que se siente. Esto que tengo en la mano es un revólver de verdad, de reglamento, como los que llevan los agentes federales. Y lo que es peor, sé utilizarlo. ¡Siéntese!

Obedeció, sin haberse repuesto todavía de la sorpresa.

—¿Y ahora...?

—Esperaremos" a que llegue ella, su preciosa amante, para discutir los tres juntitos los pormenores de un negocio que tengo que proponerles.

—¿Un negocio...? ¿De qué se trata?

—No sea impaciente, amigo —le sonrió fríamente Kim Bennet. Y en aquel instante se escuchó con nitidez la llave girando en la cerradura y el crujido de la puerta al abrirse—. ¡Ahora llega su amiga! Unos segundos y saldrá de dudas.

Apareció la mujer y, como él antes, se quedó boquiabierta.

—¡Pero...! ¿Qué está pasando aquí? —exclamó. Y mirando al individuo le preguntó directamente—: ¿Quién es ella?

—Sé lo mismo que tú.

—Tome asiento, querida —anunció Kim. moviendo significativa y ominosamente el cañón del revólver en dirección a otra de las butacas. Instándola—: ¡De prisa! No sea que acaben ustedes con mis nervios y decida llevar estas fotos... —tiró el sobre que sostenía en el regazo sobre la mesa ratona que presidía el *living*— a la delegación en Nueva York del Federal Bureau of Investigation para que comprendan perfectamente por qué fue asesinado John Taylor.

—¡Maldita zorra! —exclamó la recién llegada.

—Otro insulto y le garantizo que se arrepiente, ramera de barrio fino —masculló fríamente Kim. Exclamando—: ¡Pero...! ¿Es que no van a mirar esas preciosas fotografías? Han salido ustedes muy bien, ¡de veras!

—No hace falta —anunció el hombre—, ¿Cuánto quiere por ellas?

Kim fingió meditar. Después, dijo lentamente:

—Pongamos, sin querer abusar... *como un millón de dólares.*

—¡Está loca! —exclamó la otra.

Se encogió de hombros la que seguía empuñando el revólver con firmeza, sin perder de vista ni un segundo a sus interlocutores, y dijo:

—Como quieran. Ya sé que los del FBI no me darán ni un centavo... pero también sé que ustedes se van a pudrir por el resto de sus vidas, si la cosa no llega al máximo —e hizo un gesto evidente pasándose el cañón del arma por la garganta—, en un incómodo presidio por el que verán el sol a través de las rejas de una ventana. De todas formas... —hizo como que iba a ponerse en pie—, ha sido un placer.

—¡Quinientos mil y no hablemos más! —ofreció, nerviosa, la otra mujer.

—Ya vamos siendo razonables —sonrió Kim. Agregando—: Ni la suya, ni la mía: setecientos cincuenta mil. ¡Ah!, y pagaderos en un cheque firmado por uno de ustedes dos. Así, si se les ocurre hacerme lo que a Gordon Bennet o Roy Kulik, quedará ese peligroso documento en poder de la entidad bancaria... Cobro el cheque y ni yo les molesto a ustedes ni ustedes a mí, ¿hace?

—De acuerdo —aceptó el hombre, mirando significativamente a su compañera. Diciéndole a ésta—: Es una postura aceptable. Le pagamos esa cantidad y nos olvidamos de ella. Al fin y al cabo el negativo lo tenemos nosotros —se volvió hacia la que los encañonaba, repitiendo—: ¿De acuerdo, señorita...?

—Bennet. Kim Bennet... *hermana del detective Gordon Bennet al que ustedes hicieron asesinar.*

Se quedaron ambos perplejos.

Y fue entonces cuando la única puerta que asomaba al *living*, a la izquierda del mueble-bar, que debía corresponder seguramente al dormitorio, se abrió. Y en el umbral quedó enmarcada la figura de un hombre alto y delgado, atlético, de cabellos rubios ensortijados, ojos azul-grises, labios sensuales que ofrecían la mejor de sus irónicas sonrisas, el cual, abarcando a los reunidos en una mirada socarrona y significativa, dijo:

—Es agradable ser testigo de cómo las personas educadas y conscientes cierran sus transacciones comerciales. Has estado fenomenal. Kim. En cuanto a ustedes, mis caros amigos..., ¿qué voy a decirles yo? También han estado espléndidos, de veras. La señorita Bennet no hubiese cobrado jamás ese cheque por la

sencilla razón de que no hubiese salido con vida de estas cuatro paredes..., ¿verdad, señor Glenn Coburn? He observado cómo usted le hacía señas a la desconsolada viuda del senador Taylor, a la honesta y digna... Alice Taylor. ¿O debo llamarla Magali Caine? Porque su apellido de soltera era Caine, ¿verdad? ¡Pero hace tantos años de eso! Y tantos que usted y el socio de su marido le estaban traicionando con sus relaciones amoroso-sexuales..., ¿o me equivoco?

Ambos, ahora, más que sorprendidos o estupefactos, estaban deshechos. Abatidos. Totalmente desmoronados. Porque comprendían que todo el plan que con tanta meticulosidad habían estructurado acababa de venirse abajo estrepitosamente.

—Podemos... —intentó Glenn Coburn con un hilo de voz—, podemos arreglarlo —y añadió, procurando ser convincente—: El millón que pedía la señorita para que se lo repartan ustedes dos. ¿Le parece bien, detective Cooper?

—Es una oferta muy tentadora, Coburn. Pero me pregunto yo..., ¿con ese dinero le devolveremos la vida a John Taylor. a mi compañero Gordon Bennet... que estaba investigando vuestras infidelidades por cuenta de Taylor, no tan ajeno como vosotros le creíais a la situación de burla y traición que habíais creado en torno a él, y a Roy Kulik, borracho pero hábil como ninguno a la hora de captar instantáneas comprometedoras. el cual alquiló el apartamento vecino para pasar arriesgadamente por su balcón al de éste y captar esas treinta y seis comprometedoras fotografías? ¿Los vamos a resucitar, Glenn Coburn? ¿Los vamos a resucitar. Alice Taylor?

—Eso sabe usted que es imposible, detective —dijo el socio y mano derecha en los negocios privados del senador Taylor. Agregando—: Y puesto que esa posibilidad queda descartada. seamos prácticos. Si nos entrega a la policía tampoco conseguiremos resucitar a los muertos...

—Pero no ensuciar mi conciencia con su sangre igual que se la han manchado ustedes dos. Además..., ¿usted cree de veras que Kim Bennet es capaz de negociar con el asesinato de su hermano? Pregúnteselo a ella, ¡hágalo!

—¡Ni lo intente! —se anticipó Kim—. Llevo varios minutos dominando a duras penas mis más fervientes deseos de acribillarlos a ambos a balazos. ¡Pareja de canallas! Ni mi! millones de dólares podrían comprar la satisfacción que sentiré al saberlos entre rejas. ¡Acabemos ya, Trevor! Avisa a la policía.

—¡No tienen pruebas! —exclamó Alice, congestionado el rostro como si fuese a acometerla un ataque de apoplejía.

—¿Qué me dice de las fotos? —inquirió Kim.

—¡Pueden estar... y están trucadas! —se desesperó la vida de Taylor.

—¿Y qué me dice de este caballero —Trevor se apartó para dejar paso a un hombre de parecida estatura a la suya, de edad similar y placa de la Brigada de Homicidios en la diestra—, policía por más señas, que se llama Frank Ledborn y que ha estado escuchando en mi compañía, desde un principio, los pormenores de su intento de transacción con Kim Bennet?

Aquel as en la manga de Trevor Cooper había sido el mazazo definitivo. Tanto Alice como Glenn acusaron el impacto, viniéndose abajo imperativamente. Ambos, sabían que era el final.

Preguntó, con cierta socarronería el teniente de Homicidios:

—¿Es que estaba usted dispuesta a pagar un millón de dólares por unas fotos trucadas, señora Taylor?

No hubo respuesta. El que calla otorga y aquel silencio traía implícita toda una confesión.

Dijo Ledborn:

—Pónganse en pie... voy a leerles sus derechos.

—No hace falta —dijo Coburn, alzándose, resignado, con los hombros hundidos y la cabeza inclinada hasta casi empotrar la barbilla en el tórax.

—¡Por tu culpa, maldita víbora! —exclamó Alice Taylor al tiempo que una pequeña pistola de cachas nacaradas florecía en su diestra como por ensalmo.

Trevor Cooper se la arrebató limpiamente de un balazo.

—Resígnate, adúltera. Hemos llegado al final del callejón de la impaciencia. Espósalos, Frank.

Así lo hizo el teniente usando acto seguido de un pequeño receptor a través del cual se puso en contacto con quienes aguardaban en la calle a bordo de un coche radio-patrulla. Un par de minutos después hacían acto de presencia varios agentes uniformados que se llevaron a la pareja.

Ledborn comentó:

—¿Por qué diablos hicieron venir gente de Detroit?

—Sencillo. Cuando por el informe forense se supiera, si así sucedía, la procedencia del disparo, ajena al tiroteo del fingido atraco y se empezaran las investigaciones, éstas nos conducirán a Detroit y, en consecuencia, hacia la persona de Michael Goldstone.

—Claro... Bueno, yo os dejo y os felicito. ¡Ah! —miró a Kim—, supongo que ahora tendré el terreno libre con Maggie, ¿no?

—Por completo. Es enteramente tuya, Frank.

Cuando el teniente de la Brigada de Homicidios hubo abandonado

el apartamento. Kim, muy mosqueada, inquirió:

—¿Quién es Maggie?

—¡Mi secretaria, boba, mi secretaria! ¿No te he hablado de ella?

—Ni de lo que has hecho con ella.

Cambió radical de conversación.

—¿Me acompañas a cobrar los veinticinco mil que me debe Piper Wood? Para ser mi primer caso no está nada mal la cifra, ¿eh?

—¡Mujeriego sinvergüenza!

Ya en la calle, anunció Trevor:

—Acompáñame primero a obtener una licencia matrimonial. Si firmas ese papel y dices que me querrás toda la vida... no existirá para mí más mujer que tú.

—¡Embustero!

—Te quiero...

—¡No te creo!

—Te adoro...

Ella se dejó estrechar entre los fornidos brazos del detective y le rindió su boca sin condiciones ante el asombro de los viandantes que por los alrededores circulaban.

Una venerable viejecita, exclamó:

—¡Juventud desvergonzada e impúdica! Si mi Anthony levantara la cabeza...

Hubiera visto que Trevor y Kim seguían fundidos en un beso de película.

Todo un prelude de lo que iba a pasar aquella noche, previa firma de los papelotes en el juzgado de paz. Aunque luego ellos hicieran la «guerra»...

C'est la vie.

F I N

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**